

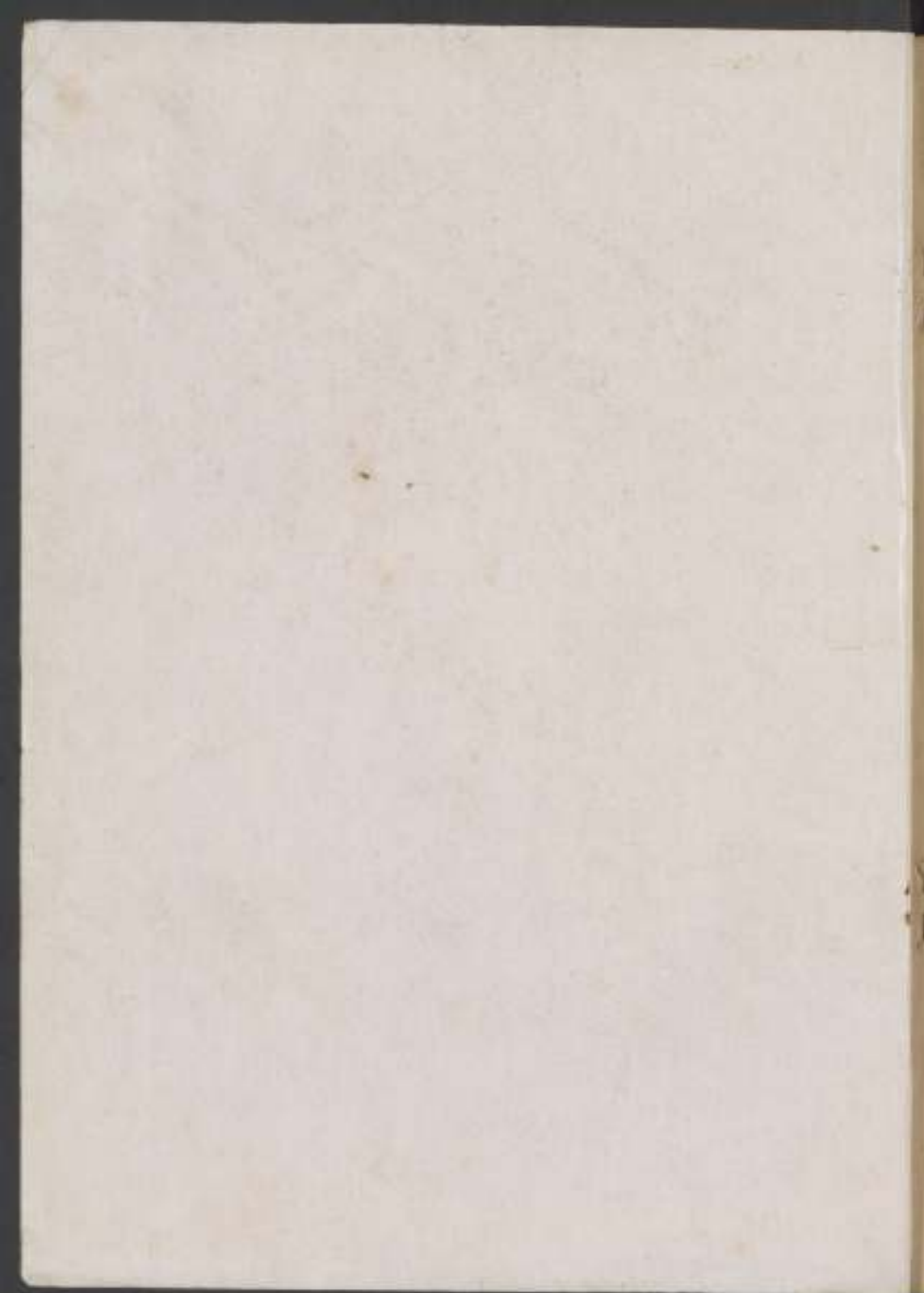
ediciones
bistagne

Otra primavera

Warner Baxter

Janet Gaynor





2700

9c

OTRA PRIMAVERA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18911-Barcelona

OTRA PRIMAVERA (1935)

Interesantísimo asunto, en que se desarrolla una historia de nuestros días: la de los sin trabajo

Dirección de
HENRY KING

Es un film
20th Century - FOX
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280 — BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne
31 Julio 1936

PRINCIPALES INTERPRETES:

JANET GAYNOR

WARNER BAXTER

Otra primavera

Argumento de la película

CAPITULO I

Norteamérica, la maravillosa tierra de Jauja, el venturoso país del dólar, estaba sufriendo las terribles consecuencias del último "crac" financiero. Quiebras de bancos, cierres de comercios, empobrecimiento colectivo. Los millonarios de ayer, convertidos en los "nuevos pobres" de hoy; los emperadores de las finanzas, hundidos en la bancarrota. Hoy era el director de un banco el que ponía fin a su vida suicidándose cobardemente por no poder hacer frente a sus compromisos, mañana un pobre diablo que había perdido sus ahorros y su empleo.

La catástrofe no había afectado solamente al mundo financiero. A semejanza de un pulpo gigantesco, extendía sus tentáculos aprisionando entre ellos a una multitud de seres que vivían alejados de su esfera, que jamás

habían hecho números, y que ignoraban los principios más elementales del complicado mecanismo de Wall Street. Estos seres eran los artistas. Cada día era mayor el número de teatros, cines y cabarets que se veían obligados a cerrar sus puertas, bien por falta de público, bien porque el empresario había perdido en el "crac" hasta el último billete. Actrices y coristas, en vacaciones forzosa, cultivaban la línea sin necesidad de someterse a otro régimen que el obligado por la crisis; los pintores comían *mentalmente* los artículos alimenticios que habían pintado en sus bodegones; los músicos de las orquestas enfundaban sus instrumentos y se iban con la música... a una buhardilla, desde donde seguían tocando para el exclusivo deleite de sus vecinos; los "gangsters" a quienes

la quiebra de algún banco había hecho desaparecer sus ahorrillos, rumiaban estérilmente nuevos golpes que no podían llevar a cabo por falta de victimas: los anticuarios, estos señores que conocen el secreto de comprar por veinte dólares lo que luego venderán por mil, languidecían entre sus alijetas de arte, en espera de los compradores que no llegaban nunca.

En esa comprometida situación se hallaba precisamente Paul Olker, uno de los anticuarios más conocidos y de más buen gusto de Nueva York. La bancarrota de Olker era tan absoluta e irremediable, que sus acreedores, compadecidos de su triste situación, habían decidido, de común acuerdo, cederle aquella hermosísima cama napoleónica que él había tenido siempre en tanta estima, para que el día de la pública subasta de todos los objetos de la tienda—subasta cuya liquidación iría a parar íntegra a manos de los acreedores—pudiera tener la suerte, probando de vender la histórica y vetusta cama a algún admirador del gran Corso.

Pero el papel del gran Corso, estaba tan por los sacos como las acciones que en Wall Street seguían bajando con rapidez alarmante, sin que pudiera detenerles, en su rápido descenso, las vallas y obstáculos que los desesperados financieros intentaban oponer a su paso. Fue inútil que el

subastador, y aun el mismo dueño del lecho, se desgajitaseo tratando de ponderar sus bellezas y las gestas gloriosas que habían tenido gestación en el cerebro de su antiguo dueño, mientras reposaba en él. La gente no tenía interés alguno en emular las hazañas del gran Corso, ni de otro guerrero cualquiera. Se contentaba con muchísimo menos. Con que subieran los valores, o con encontrar algún empleo, por modesto que fuera. Estaban soplando vientos de miseria, que arrastraban consigo a todas las fortunas. Si los estragos de la crisis seguían produciéndose, pronto, muy pronto, la raza de millonarios se habría extinguido por completo, y los detractores del capitalismo podrían descansar tranquilos.

—Plácenlo bien, señores. En esta cama durmió Napoleón, el gran Corso...

Los curiosos que habían concurrido a la subasta, con el inocente deseo de contemplar gratis un espectáculo, y con el firmísimo propósito de no adquirir ni el más insignificante de los objetos, permanecían insensibles al encanto de aquel mueble, tan vetusto como histórico, que el subastador y el dueño trataban de endosarles. Ni una sola boca se abrió para hacer una oferta. Aquellas magníficas antigüedades, dignas de figurar en un museo, tenían sin duda alguna, un valor ex-

traordinario, sobre todo la cama en donde Napoleón había dormido sus sueños de victoria, pero a decir verdad, ellos preferían un buen pavo trufado, a todas las vetusteces que se exhibían allí, por muy napoleónicas que fueran.

En un rincón de la subasta, conversaban dos jovencitas que se habían sentado de lado y habían empezado a hablar sin conocerse. Una de ellas acababa de sacarse un zapato y se frotaba el pie. La otra le preguntó solícita:

—¿Tienes un callo?

—Sí—repuso lacónicamente la del pie dolorido.

—¿Llevas mucho tiempo en Nueva York?

—Siete meses. Vine en busca de trabajo. Soy actriz.

—Yo soy camarera. También ando buscando trabajo...

La actriz sonrió. Siguió frotándose el pie, y mirando a su interlocutora con una expresión entre compasiva y burlesca, repuso:

—¡Buena falta me hace ahora a mí una camarera!...

—La ciudad es terrible cuando uno no tiene dinero—comentó filosóficamente la rubia y gentil camarerita...

—Ni sitio donde pasar el tiempo. Aunque eso de las subastas resulta muy divertido.

—Ahora, con eso de la crisis, hay

muchas. También hay muchos cotte-tros.

—¿Entierros de quién?

—De cualquiera. Yo me entretengo también yendo a los salones de pompas fúnebres...

—¿Sin saber a quién están enterrando?

—No hace falta. Yo lloro con los demás. Es lo menos que puede hacerse por un difunto. El jueves, sin ir más lejos, estuve en cetro de ellos. Uno de los empleados me dijo, deplorándome, que estaba perdiendo a mis parientes y amigos con tanta rapidez, que si aquello continuaba, me quedaría solita en el mundo.

—Pues yo, me paso las noches en el Metro.

—¿En el Metro?

—Sí. Como con unos centavos puedes hacer todos los recorridos que se te antojen con tal de no salir del Metro, allí me estoy tan quietecita y tan comfortable. Me encanta viajar...

—¿Viajar? ¡Pero si esto es no ir a ninguna parte!—comentó la camarera.

La propaganda de la cama de Napoleón había terminado sin éxito. El subastador y los no-compradores, se fueron marchando discretamente dejando a Paul Osker solo con un desesperación... y su cama, amén de unos cuantos objetos culinarios sin valor

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

que sus acreedores le habían cedido también, piadosamente.

Paul abrió un armario, sacó de él un pote de aluminio, se fué a la cocina, y se dispuso a darse a sí mismo un banquete. Sólo Dios sabía cuándo podría volver a someter sus mandíbulas al agradable ejercicio de comer, y quería dar a aquel acto solemne todo el relieve necesario. Llenó el pote de agua, lo colocó sobre un fogoncito de gas, y se dispuso a preparar el complicado menú consistente en un huevo pasado por agua y un vaso de leche con una rebanada de pan. Estaba quemando sus últimos cartuchos... comestibles. Después de este menú, Dios proveyería... Porque en los bolsillos de Paul reinaba la desolación más completa. En una palabra: no tenía ni un céntimo. Dentro de unos minutos, él y su hermosa cama napoleónica tendrían que abandonar aquel local para siempre.

Cuando el huevo estaba en su punto y Paul se disponía a comérselo, apareció en la puerta de la feneida tienda de antigüedades, un hombre joven, vestido elegantísimamente con un espléndido abrigo de piel, tocado con un sombrero de fieltro, y llevando un violín debajo del brazo. Aquel hombre era joven, alto, delgado y guapo, pero tenía el rostro demacrado, y sus ojos brillaban con una fiebre extraña. Paul, que ya había perdido completamente

la esperanza de vender su cama, no creyó conveniente cambiar de parecer al ver el caballero de suntuoso abrigo, y creyendo que se trataba de un curioso lo vió avanzar con aire indiferente.

—¿Es suyo este establecimiento?— preguntó cortésmente el recién llegado.

—Lo había sido en otros tiempos— repuso Paul sin mirarlo.

—Lo siento—murmuró el primero. Y acercándose a Paul, pidió con humildad:

—¿Tendría usted la bondad de darme un poco de agua?

—Con mucho gusto, caballero...

Llenó un vaso y se lo alargó al recién llegado, que bebió el contenido ávidamente...

—Por lo que veo colijo que ha habido aquí una subasta. ¿Puedo atreverme a preguntarle el resultado?

—Desastrosa. Esta cama, lo único que me pertenecía, no la ha querido nadie. Han debido encontrarla demasiado vieja...

El joven meneó la cabeza tristemente.

—Mi querido, señor, consuélese usted pensando que somos muchos los que nos hallamos en el apurado trance que usted se halla. Míreme usted a mí. Está usted delante de un fracasado, mejor dicho, un fracasado no, un "sin trabajo". ¡Doce años de estudio! y ¿para qué? Para encontrar.

me ahora sin un cuarto y medio moer-
to de hambre...

Paul miró al joven con simpatía. Aquella espontánea confesión de su apurada situación le había conmovido. Señaló el violín, y sonriendo benévolo, lamente insinuó:

—Al menos puede usted llevar su instrumento consigo. ¡Imagínese si es lo mejor de estudiar usted el violín, llega a estudiar el piano!... En cambio yo, tendré que cargar mi tesoro en un carrito y echar adelante por esos mundos de Dios... Lo más lamentable de toda eso es que pierde uno todas las esperanzas...

Se detuvo al ver que el joven violinista miraba ávidamente la botella de leche que había encima de la mesa. Comprendió en seguida, y...

—¿Quiere usted un poco de leche? —preguntó amablemente.

Y sin esperar la respuesta, escanció un vaso que el joven bebió con la misma avidez con que antes había bebido el agua.

Tras el vaso de agua se fueron el huevo y la rebanada de pan. Paul había comprendido que el estómago del joven violinista estaba muchísimo más necesitado de alimento de lo que lo estaba el suyo en aquel instante. Su propia miseria le hizo sentirse generoso y humanitario con un compañero de infortunio más desgraciado que él, y que llevaba escrito en su rostro la

huella del hambre. Al fijar sus ojos en el elegante abrigo del famélico artista, notó el contraste que formaba aquella suntuosa prenda con el deplorable estado del estómago de su dueño y se dispuso a preguntárselo. Pero el violinista, que había seguido su mirada, se anticipó a su deseo:

—¿Le asombrará verme con este abrigo, verdad? Es lo único que me queda de un pasado próspero. Soy artista, señor, y como tal me parece mucho más a la derrochadora cigarra que a la previsora hormiga, y como no créjame jamás que pudiera llegar para mí un trance tan amargo... ¡Mire usted, mire usted!...

Sacó una tarjeta junto con tres o cuatro recortes de periódicos y se los mostró al hombre generoso que le había cedido su comida.

—Lea usted. "Morris Rosenberg, violinista concertista". Éste es mi nombre. He tocado como solista en la Orquesta Sinfónica de Pittsburgh. Lea usted estas críticas que tuve el honor de merecer... "Un artista genial"... "Su técnica es perfecta, y su musicalidad maravillosa"... Deslumbrado por los éxitos vino a Nueva York. Me cogió el "crac" y aquí me tiene usted, sin contrata, sin un céntimo en el bolsillo, con mi violín debajo el brazo y este abrigo de pieles con el que pensaba deslumbrar a los empresarios. No he querido venderlo, porque habría

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sido tanto como perder mi dignidad, no he querido tampoco pignorarle porque estamos en invierno y cuando uno tiene vacío el estómago siente el frío con mucha más intensidad... Por otra parte, es lo único que me queda de mi época de prosperidad. No tengo dinero, ni techo bajo el cual cobijarme, ni cama donde dormir...

—¡Hombre! Por la que se refiere a la cama no se apure. Este lecho es muy grande. Puedo ofrecerle la mitad...

—Gracias, señor. ¿Cómo se llama usted?

—Paul Olker.

—Gracias, Olker, pero... ¿dónde pondríamos esta cama tan opulenta, en caso de que decidiera aceptar su generoso ofrecimiento?

—Hombre, no había pensado en ello, pero, por esta noche, podríamos ponerla en el parque...

—¿En el parque? ¿Acostumbra usted a dormir en el parque?

—¡Hombre! Yo, hasta ahora, no, pero son muchos los que lo vienen haciendo, sobre todo, desde que se ha agudizado la crisis. Resulta la propiedad de todos los que no tienen dinero, una propiedad inmensa, majestuosa, aireada, sobre todo, airada.

—Pero, ¿qué dirá la policía?

—¿La policía? Procuraremos sortear este obstáculo—repuso Paul flumático.

Todavía sin saber a ciencia cierta si su generoso amigo estaba bromeando o no, Morris Rosenberg, el violinista sin contrato, que llegara un día a Nueva York con el pecho henchido de esperanzas, para acabar paseando en hambre y desesperación por las grandes avenidas de la populosa ciudad, hostil e indiferente a su pequeña tragedia, ayudó a Paul a cargar la cama en un pequeño carrito y a tirar de él en dirección al parque. Por el camino el violinista seguía empeñado en acumular dificultades teóricas al descabellado plan del anticuario, y éste empeñado también en hacerle ver que la colocación de una cama napoleónica o no, en un lugar apartado del parque era la cosa más natural del mundo...

—Es una idea descabellada.

—Tengamos el valor de hacer la prueba y veremos que pasa...

—Le repito a usted que es una idea descabellada.

—¿Por qué? ¿No es acaso el parque el hogar de los que no tienen techo bajo el cual cobijarse? Pues bien; la cama es el núcleo del hogar.

Vencido al fin por la resolución de su amigo, el violinista acabó por aceptar...

—Bueno, bueno. Dormiré en el parque, sobre la mitad de este núcleo del que usted habla...

—En la cama se nace y se muere
—siguió filosofando su compañero.

—Sí, sí, pero es preciso evitar que
nos vea la policía...

Protegidos por las sombras de la noche, que habían empezado a invadir el parque, violinista y anticuario procedieron a montar la cama en uno de los lugares más frondosos y poéticos de su nuevo "hogar" y se dio, pusieron a descansar en ella en espera que les despertase la porra de un guardia... A pesar de la blandura de la cama y de sus antecedentes gloriosos, el violinista se creyó obligado a lamentarse:

—¡Qué humillación para un artista como yo!

—No debe usted sentirse humillado por un hecho tan insignificante. Casi todos los grandes músicos han tenido que luchar con la adversidad, y todos supieron afrontarla valientemente. No olvide que Beethoven fué sordo y Schubert padeció hambre... ¡Fíjese usted que techo más alto tenemos sobre nuestra cabeza!... ¡Y qué hermoso! ¿No le resulta a usted agradable el espectáculo de la bóveda celeste?

Pero Rosenberg, a pesar de ser un gran artista, no estaba en aquellos momentos en condiciones de admirar la bóveda celeste. Su estómago—que nunca había guardado proporción con la espiritualidad de su arte—no había lo-

grado saciarse con el modesto alimento que le había ofrecido Paul, y volvía a protestar a grandes gritos de su obligado ayuno.

—Tengo un hambre atroz—comentó prosaicamente...

Paul, en las alas de su fantasía, no le oyó siquiera. Sea que su estómago no fuese tan exigente, sea que el espectáculo del firmamento estrellado hubiese dado alas a su fantasía, murmuró con los ojos entornados:

—Yo podría sentirme ahora un rey si quisiera. La imaginación lo hace todo... Sí, sí; soy un rey...

Y con ese halagador pensamiento, no tardó en quedarse dormido. Su amigo, el violinista, a pesar de su agudo apetito, se durmió también.

La actriz sin contrata que unas horas antes se refugiara en la subasta para dar un poco de paz a sus pies cansados, se llamaba Teresa Shaney, y el estado de sus bolsillos era casi tan apurado como el de los dos despreocupados durmientes del parque. Y decidiese así, porque la gentil muchacha se hallaba en posesión de algunos centavos mediante los cuales podría pasar la noche, o por lo menos, parte de ella, confortablemente instalada en... un asiento del Metro. Dormida profundamente la encontró el revisor al término del viaje, y creyó

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

conveniente despertarla para decirle que el tren no iba más allá.

—Señorita, hemos llegado al término...

—¿El término de qué? —inquirió la joven medio dormida...

—Al término de la línea...

—Muy bien, muy bien. Me alegro muchísimo...—repuso la joven volviendo a arrellanarse en el asiento.

—¡Pero, señorita! Si no baja usted, regresará a Brooklyn...

—Perfectamente...

—Acaba de venir de Brooklyn...

—Usted lo ha dicho. Acabo de venir de Brooklyn. Pues bien; volveré a Brooklyn. He determinado regresar a Brooklyn.

El revisor miró a la joven con desconfianza, temiendo tal vez se tratase de una enajenada. Pronto, sin embargo, comprendió qué era lo que la había traído allí, y lo que la llevaba de nuevo a Brooklyn, y decidió benévola y lamentemente dejarla en paz sin seguir cometiéndola al interrogatorio.

—Bueno, bueno—dijo conciliador—, haga usted lo que le parezca.

CAPITULO II

Al día siguiente, Joe, el guardia, avanzaba por el parque cantando alegremente. Se sentía feliz. Era joven, tenía una novia bonita como un sol, un empleo decente y estable, y una salud a prueba de todo. ¿Qué más podía esperar? Mientras dejaba oír las notas de la conocida canción "Santa Lucía", hacía mover la porta a manera de batuta.

De pronto se detuvo, abrió mucho los ojos, soltó un ¡oh! de asombro,

que abogó en su garganta los ecos de la canción, y se pellizcó a sí mismo para convencerse de que estaba despierto. En medio del parque, en un lugar frondoso y apartado, acabada de descubrir una cama—una cama antigua, con una gran corona en el centro—y dentro de ella a dos hombres durmiendo a pierna suelta.

—¿Qué es eso?—preguntó el guardia tal vez con la esperanza de que los ocupantes del austroso lecho le sa-

casen de dudas—. ¿Estoy viendo visiones? ¿Qué hace esta cama aquí? ¿Quién la ha traído? Apuesto a que han sido ustedes.

El par de durmientes se despertó al oír los gritos del guardia. Se sentaron en la cama, mirando al representante de la autoridad con asustados ojos, y se tranquilizaron en seguida al comprobar que el guardia era joven y simpático, y que su rostro asombrado no mostraba la menor actitud belicosa.

—No hallamos ningún otro lugar en donde instalar la cama—explicó el dueño de la misma—. Y como no tenemos casa...

El guardia comprendió. En aquellos tiempos difíciles eran muchos los pobres sin trabajo que se veían obligados a dormir en los parques, pero nunca hasta entonces habían llegado al extremo de instalar allí una cama para dormir. Si todos los sin hogar se decidían a seguir el ejemplo, los parques de Nueva York se convertirían pronto en un dormitorio público. El honrado guardia, debió encontrar excesiva la frescura de los dos amigos porque se apresuró a decirles, procurando adoptar una actitud severa:

—La idea me parece muy original, tal vez demasiado original. No quiero arrestarles en una mañana tan bella, y por eso les dejo. No les he visto, ¿entienden ustedes? Pero no dejen

que esto vuelva a suceder, porque entonces les veré... y les arrestaré...

Se marchó el guardia refunfuñando, pero en su fuero interno, riéndose de la ocurrencia de los dos jóvenes, y Rosenberg y Olker quedaron solos. El primero se creyó obligado a advertir al segundo:

—Tendremos que marcharnos de aquí...

Y así fué como decidieron levantar el campamento yéndose con la cama a otra parte, antes de que volviera el guardia y decidiera cumplir su amenaza.

Anduvieron un rato a la deriva, tirando del carrito en el que habían colocado el histórico mueble, amén de una maleta con algunas prendas de uso personal de Paul, un pote de aluminio, una botella vacía de leche, y el violín del gran Rosenberg. Antes de salir del parque, Olker le dijo a su compañero:

—Arriacónaremos esto ahí y usted se quedará guardándolo mientras yo voy a dar una vuelta a ver si hallo otro sitio donde poner la cama. Esto es un problema doméstico y lo debo resolver yo. Ustedes los artistas, no sirven para estas cosas.

—¿Me va a dejar solo con una cama?—inquirió Rosenberg tan inquieto como si se hubiese tratado de dejarlo solo con una fiera.

—Sí, hombre. No le sucederá nada.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Si viene el guardia dígame que nos vamos en seguida.

Rosenberg se quedó solo con el carrito y los utensilios domésticos. Cogió el violín, y ya resignado con su suerte, se dijo a sí mismo:

—Practicaré un rato.

Sacó el instrumento, lo afinó, hizo sonar las primeras notas de una sonata. Pasó un caballero y sin detenerse a escucharle, sacó una moneda de su bolsillo y la echó dentro del pote que había encima del carro. Rosenberg al oír el sonido de la moneda, paró en seco y cogiendo la pieza de cobre la tiró al suelo con rabia. ¡Manas de Sarasate! ¿Cómo había podido suceder tal cosa? ¿Cómo un artista como él había podido sufrir una humillación semejante? ¡Tratado como un pordiosero!

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando se acercó a él una muchacha bonita como un sol, pero pálida, triste, con las huellas del hambre y de la miseria reflejadas en su rostro y en su trajecito raído, con pretensiones de elegancia. Miró indecisa a Rosenberg y luego le dijo tímidamente:

—¿Me deja usted pasar el sombrero?

—¿Quéééé?

—Que si me deja pasar el sombrero. Además, podría recitar algo. Soy actriz...

—¿Pasar el sombrero? ¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Por quién me ha tomado usted? ¡Soy un artista, no un pordiosero!

Pero aquellos tiempos eran demasiado difíciles para hacer distinguos. En graves momentos de crisis—y en otros momentos también—la profesión de artista es perfectamente compatible con la de pordiosero. Así debió comprenderlo la chiquilla, porque lejos de inmutarse al ver el enojo del violinista, siguió pidiendo:

—Sí; ya me lo imagino... pero podría pasar el sombrero de todas modos...

La muchacha era Teresa Shaney que estaba pasando su hambre crónica por el parque, lo mismo que unas horas antes había entretenido su sueño en el vagón del Metro.

Se asustó mucho al ver que el artista blandía el violín a modo de arma como si fuera a descargarlo sobre su cabeza, al mismo tiempo que le decía con voz estentórea:

—¡Márchese de aquí, márchese de aquí! ¡Me dan ganas de matarla!

Rosenberg volvió a quedarse solo. Miró a todos lados con impaciencia. Su compañero y propietario de los utensilios domésticos estaba tardando demasiado. ¡Jamás un artista como él vióse en trance semejante! Sintió deseos de llorar, de rebelarse contra su triste destino, de empezar a gritar a

todo el mundo que él era un artista, y que se había sentido insultado al ser confundido con un pordiosero. Pero estaba demasiado hambriento para poder gritar, y bajó la cabeza tristemente. Sus ojos tropezaron entonces con la humilde moneda de cobre que un rato antes colocara el caritativo transeunte, y que él había arrojado al suelo en un raptó de rabia. Se agachó, cogió la moneda, la introdujo en su bolsillo, y de repente, como si el estado de depauperación en que se hallaba su estómago le hubiese hecho rectificar su línea de conducta, colocó el pote en un sitio bien visible y empezó a tocar—magistralmente por cierto—el aria de la "Sinfonía" de Bach. Tocó con los ojos cerrados, olvidado de todo, transportado por unos momentos a las maravillosas regiones del ideal donde no existen estómagos vacíos ni problemas domésticos, y cuando terminó, una estruendosa ovación sonó en sus oídos. Abrió los ojos, y se encontró rodeado de gente que aplaudía con un entusiasmo digno de un salón de conciertos. Rosenberg saludó al improvisado auditorio, que empezó a desfilar silenciosamente, una vez extinguidos los aplausos. Rosenberg miró entonces el recipiente en donde los deleitados transeuntes habrían colocado seguramente un óbolo caritativo. ¡Ni un céntimo!... Hasta los pordioseros

se resentían de la aguda crisis reinante.

Rosenberg miró a su alrededor desolado. Vió a un hombre parado frente a él mirándole con expresión entre admirativa y compasiva. Aquel hombre llevaba el uniforme de barrendero, y tenía junto a sí el carrito y los útiles de la limpieza. Avanzó hacia el violinista, y sin dejar de contemplarle ávidamente, como sugestionado, le dijo:

—Ha tocado usted muy bien, muy bien. Yo siempre he tenido deseos de saber tocar una cosa en el violín. La canción irlandesa *Macushla*...

—¡Ah! ¡*Macushla*!—murmuró Rosenberg.

Y cogiendo el violín, hizo sonar las primeras notas de la famosa canción...

—¡Oh! ¿Cree usted que llegaría a aprender a tocarla yo también?—inquirió ingenuamente el barrendero.

Los ojos de Rosenberg lanzaron chispas. Miró aquellas manos surcas y callosas del buen hombre, y la idea de que ellas pudiesen profanar un instrumento tan delicado como el violín, le hizo estremecer. No quiso contestarle para no herir su susceptibilidad, pero le volvió la espalda con desprecio.

En aquel momento regresaba Paul. No había logrado encontrar sitio alguno donde colocar su cama napoléonica. Y es que le faltaba un detalle

para solucionar sus problemas domésticos. Este detalle era el dinero.

—No tuve suerte—confesó compungido.

—Yo tampoco la he tenido, pero por un momento me he sentido transportado a mi mundo anterior. Un grupo de transeúntes me aplaudió calorosamente...

—Sí, todo eso es muy bonito, pero estamos sin albergue...

Vió al infeliz barrendero, que seguía al ludo de Rosenberg sin decidirse a marcharse, y a quien este seguía volviéndole obstinadamente la espalda, y acercándose amablemente al buen hombre, preguntó:

—Me ha parecido oírle decir a usted que le gustaría aprender a tocar el violín. ¿No es cierto?

—Cierto es, sí señor. Pero su amigo parece...

Paul le atajó con un gesto.

—Proporcionémosle usted un sitio donde poner esos bártulos y empezará en seguida su carrera de músico—prometió...

El rostro del barrendero adquirió una expresión beatífica.

—Guardo mis chirimbolos en un establo desocupado—observó—. Si a ustedes les parece bien...

—¿Es grande ese establo?

—Bastante. Tiene dos ventanas...

—Entonces, trato becho. El señor Rosenberg le dará a usted todas las

lecciones de violín que crea convenientes...

Rosenberg estaba furioso, tan furioso que su furia le impidió formular una protesta adecuada. Se limitó a echar a su amigo una mirada que era todo un poema y a fulminar al guardia con otra que no habría rechazado el criminal más acreditado.

Pero ni Paul ni el barrendero parecieron haberlo notado. Este último, se acercó al músico, y con el aire más ingenuo y satisfecho del mundo, le dió su nombre.

—Me llamo Miguel Sweetey.

Silencio sepulcral por parte del violinista...

—Espero ser un buen discípulo. Mi jefe dice siempre que tengo buen oído y que tengo el alma de artista. Será un cambio equitativo. ¿Cuándo quieren ustedes instalarse?

—Esta misma noche—repuso Paul.

Unas horas después, los dos afortunados amigos, hacían su entrada triunfal en el establo acompañados del futuro Paganini.

La instalación fué hecha en un santiamén, y, a decir verdad, la cama del ilustre guerrero no desentonaba todo lo que habría sido de esperar, en aquel ambiente tan distinto al palacio de Versalles. Paul parecía muy contento, no así el violinista que iba repitiendo en voz baja sus lamentaciones:

—¿Qué degradación! ¿Qué degradación? ¿Un establo, verme reducido a habitar un establo!...

El buen barrendero, loco de alegría ante la idea de llegar a aprender Macushita, la canción de su patria inolvidable, había tenido la gentileza de instalar en el establo, una estufita de carbón. El humilde hogar, tenía, además, agua corriente y un gran recipiente que podría hacer sin gran esfuerzo, las veces de bañera. No podía pedirse más refinamiento por un precio tan barato.

—Señor Sweeney, es usted un ángel—no pudo menos de decirle Paul sinceramente conmovido.

—Lo seré cuando sepa tocar el violín—repuso el buen hombre.

Miró a los dos amigos sonriente.

—Bueno, amigos míos. Ahora me despido. Nos vemos mañana...

Salió Sweeney, y entró en la humilde casita que ocupaba al lado mismo del establo. Vivía allí con su mujer, y con la agradable vecindad de las fieras del parque zoológico, cuyos rugidos llegaban hasta ellos rasgando el silencio de la noche. El y su cara mitad, ocupaban un pabelloncito dentro del mismo parque donde él ejercía sus funciones de barrendero, y por nada del mundo habrían ido a vivir a uno de aquellos pisos sórdidos y miserables de las casas de vecindad de los barrios bajos.

Ellos estaban muy bien allí, en su casita instalada en medio de un parque maravilloso, trabajando honradamente—él en su humilde oficio de barrendero que le proporcionaba la casa gratis y un sueldo suficiente para vivir con modestia, y ella, en su oficio de ascensorista en una casa de bancos, colocación gracias a la cual conseguían hacer algunos ahorritos—ni envidiosos ni envidiados, en santa paz y armonía, unidos por un cariño entrañable, sencilla y egoístamente dichosos.

Abrió la puerta y oyó la voz dulce de su mujer, que desde la cocina preguntaba:

—¿Eres tú, Miguel?

—¿Pues quién iba a ser sino yo? ¿Es que esperabas a alguna otra persona? —contestó el marido sonriendo.

Se abrazaron y besaron. Nunca, en su larga vida de casados—hacía de esto treinta años justos y cabales—habían dejado de besarse al despedirse y regresar a casa.

—Parece que comienza a llover...

—Mejor. Esto te facilitará el trabajo. Si llueve fuerte, mañana las calles estarán más limpias y tú no tendrás que matarte...

—Sí, pero pienso en estos desventurados sin albergue que se refugian en el parque. Gracias a Dios que los huéspedes de la cama de quienes te

hablé este mediodía están ya instalados en el establo...

—Tu siempre tan generoso, Miguel. Para premiarte te he preparado una buena cena...

—Sí; ya siento el olorillo. Apuesto a que es higado...

Entró en el cuarto de baño, y mientras se lavaba las manos, comentó amargamente:

—¡Qué egoístas somos los hombres! Nosotros vamos a cenar tan ricamente y este par de infelices no probarán bocado. Tenemos suerte, estamos los dos colocados, y en cambio, este par de jóvenes, fuertes, instruidos, educados, obligados a vivir en el establo. Después de cenar les llevaré un poco de té y alguna comida...

En aquel momento, Rosenberg estaba contemplando su violín con los ojos llenos de lágrimas. Lo estrechó contra su corazón, como si en lugar de un pedazo de madera insensible fuese un ser de carne y hueso, y murmuró tristemente:

—¡Pobrecillo! Pronto te torturará el señor Sweeney...

Paul, incapaz de comprender los tormentos morales del artista, contestó cínicamente:

—Sí, sí. Pero escucha como está lloviendo... Gracias a tu violín tenemos este albergue. ¿Qué sería ahora de nosotros siuviésemos instalada

nuestra cama en medio del parque? A propósito de nuestra situación. Hemos encontrado albergue, es cierto, pero no comida. De buena gana le habría pedido algo a Sweeney, pero no me he atrevido. Bastante ha hecho el buen hombre con poner eso habitable y proporcionarnos esta estufa encendida, que nos impedirá helarnos. Para colmo de males, el invierno se anuncia terriblemente frío.

Rosenberg no pareció oírle. Seguía lamentándose abrazado a su instrumento.

—¡Pobre violín! ¿Qué precio tiene que pagar!

—Voy a buscar algo que comer—dijo Paul con decisión heroica.

Cogió un paraguas—uno de los restos de su naufragio económico, que había traído consigo—y se dispuso a salir.

—Me siento como si fuera a realizar una gran aventura—comentó—. Voy a un restaurante muy elegante que hay en el parque. Veremos lo que pasa...

Ya en la puerta, se volvió para despedirse de su amigo, que había empezado a tocar el violín, sin duda para acallar en la música las protestas de su pobre estómago, y oyó que este le decía:

—Si logras conseguir algo no me digas en qué forma...

—Yo no soy tampoco partidario del robo pero por una sola vez...

Salió al parque y se encaminó al lujoso restaurante. A pesar de la depresión económica, todavía había seres lo suficiente afortunados para permitirse gastar unos cuantos dólares cenando en un lugar elegante y caro. Algunos de ellos estaban ya arruinados y dentro de algunos días, correrían tal vez la misma suerte de Paul y de tantos otros infelices que arrastraban su miseria por las calles, pero entretanto llegaba el día festivo, quemaban sus últimos cartuchos cenando equiparadamente, rodeados de gente chic, conversando, haciendo comentarios frívolos sobre la situación del momento, y disimulando con una sonrisa la inquietud que sentían.

Paul se acercó a la puerta de entrada. Protegido por el paraguas vió entrar en el restaurante a algunas personas conocidas que unos meses antes se llamaban amigos y que en el momento de la desgracia le habían dejado abandonado, pretextando dificultades personales. Desde el abismo de la miseria a donde le habían dejado caer aterido de frío, medio muerto de hambre, Paul Olker, les contempló con desprecio y con rabia. ¿Cómo podían permanecer insensibles a su dolor, a su miseria, a su hambre, que era el dolor y la miseria y el hambre de tantos otros desgraciados que

pululaban por las calles de Nueva York, arrastrando la amargura de su desamparo? ¿Cómo podían permanecer insensibles también a tantas bancarrotas, a tantos suicidios que se sucedían en torno suyo? Se avergonzó al recordar que también él había entrado muchas, muchas veces, en un restaurante elegante, mirando con indiferencia el pordiosero que en la puerta del mismo tendía tímidamente su mano, limitándose a entregarle una moneda de cobre, y siguiendo su camino tranquilamente, sin pensar en la tragedia de hambre y de dolor, que ensombrecía el alma de aquel hombre.

Comprendió que nada podría hacer allí, que no tendría valor para alargar la mano, y, lo que es peor, que aun en el caso de tenerla, el portero no se lo habría permitido. Dió la vuelta al edificio, y llegó frente a la ventana de la cocina, abierta de par en par. En aquel preciso instante, un cocinero estaba colocando un hermoso pollo asado encima una bandeja que había en una mesa cerca de la ventana, tan cerca, que Paul no tendría que hacer más que alargar el brazo para...

Rápido como el pensamiento, Paul puso en práctica la idea. Protegido por las sombras de la noche, avanzó cautelosamente hasta colocarse debajo mismo de la ventana, alargó el brazo,

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

y cuando sus dedos crispados rozaban ya la codiciada presa, el cocinero descubrió su mano, y soltando un grito, enarboló una terrible cuchilla dispuesto a descargarla contra la atrevida garra. Paul retiró prestamente la mano, y echó a correr como alma que lleva el diablo, mientras uno de los cocineros saltaba por la ventana, dispuesto a detenerlo, gritando y vociferando:

—¡A él, a él! ¡Al ladrón! ¡Quería robar un pollo! ¡Al ladrón!...

Se alborotó todo el cotarro: cocineros, grooms, porteros, guardias del parque. Todos gritaban, todos corrían, sin saber a ciencia cierta lo que había sucedido.

—¡Un hombre! ¡Dos hombres, que querían robar un collar! Cinco hombres embozados, que han intentado asaltar el restaurante! ¡Un asesinato!

El culpable de todo aquello seguía corriendo a más y mejor por las sombrías avenidas del parque.

La lluvia y la obscuridad, amén de la prisa que llevaba, le impidieron ver una mujer que venía en dirección contraria, con la cual chocó tan violentamente, que ambos fueron a caer al suelo, en medio de un charro de agua.

Aunque pudiera parecer inverosímil, la mujer, en lugar de protestar por el violento golpe recibido y emprenderlas contra el bruto que se le había echado encima, pronunció solamente

unas palabras que no dejaron de asombrar a Paul:

—¡Cuidado con mi apio! ¡Cuidado con mi apio!

Se levantaron ambos hechos una lástima, se miraron el uno al otro y entonces pudo ver Paul la causa de aquel grito que se le había actuado extemporáneo. La joven con quien había entrado en colisión, llevaba un manojo de apios en la mano, que había logrado salvar del barro y cogía con el mismo cuidado y elegancia con que habría cogido un ramo de las flores más delicadas. Paul, al ver el aspecto de la joven, su presencia allí en aquellas circunstancias, tuvo la sospecha de que el humilde apio había sido adquirido por los mismos medios ilegales con que un momento antes había pretendido él adquirir el pollo, y, cogiéndola de la mano, la arrastró corriendo hacia un banco cercano, la hizo sentarse a su lado, pasó su brazo alrededor de su cuello, juntó su rostro con el de ella, y así, estrechamente unidos, como dos enamorados, oculto convenientemente el apio tras de sus espaldas, permanecieron unos minutos bajo el paraguas, esperando los acontecimientos. Cruzó delante de ellos un cocinero que pasó sin verlos, se les acercó un guardia, que les miró un instante con expresión compasiva, diciéndose interiormente: "He aquí un par de víctimas de Cupido. Ni siquiera

ra se han enterado de que es de noche y está lloviendo a cántaros." Y decidió interrogarles:

—Siento interrumpir su idilio, jóvenes, pero, ¿podrían decirme qué sucede?

—Parece ser que un hombre robó algo.

—¡Ah! Creí que había sido un asesinato—arguyó el guardia ya tranquilizado—. ¿Lo han visto ustedes pasar?

—Sí. Ha pasado huyendo por aquí—repuso Paul señalando hacia la derecha.

—¡Ah! Entonces me voy por allí—repuso el guardia señalando la izquierda.

Cuando hubo desaparecido el representante de la autoridad, la joven y Paul se miraron unos instantes en silencio y luego se echaron a reír alegremente.

—Somos un par de criminales, ¿verdad?—murmuró ella en voz baja.

Y luego, alargándole el apio:

—¿Quiere usted un poco?

—¿Y usted?

—¡Bah! He ido a robar precisamente lo que no me gusta.

—Entonces, si no lo quiere usted, me lo llevaré a casa para hacer un poco de sopa.

—¿Tiene usted casa?—inquirió la joven mirándole con expresión envidiosa.

—Le diré. Vivo en un establo con

un violinista. ¡Si a eso puede llamarse casa!

Con gran asombro suyo, la joven pareció encontrar aquel hogar maravilloso.

—Un establo. ¡Qué sitio tan ideal! ¡Yo suelo pasar muchas noches en el teatro!

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que no tengo casa, ni siquiera un establo donde guarecerme. Soy pobre de solemnidad. Esta noche no tengo ni siquiera el dinero necesario para meterme en el teatro. Soy huérfana... y actriz sin trabajo, eso es todo.

—¿Actriz?

—Sí. Mi ideal ha sido siempre llegar a interpretar el papel de Julieta, pero a falta de eso me contentaría con sacar un vaso de agua a escena, vestida de camarera. Antes tenía grandes ambiciones, soñaba con ser una gran actriz. Ahora sueño tan sólo en comer.

Hizo un corta pausa, y luego, agarrándose del brazo de Paul, suplicó con voz entrecortada:

—Usted dice que vive en un establo, ¿Es usted más afortunado que yo? Por favor, no me deje usted. No me deje usted sola en este parque, de noche y lloviendo como llueve. ¡Compadézcase de mí! ¡Tengo miedo, un miedo terrible! Estoy muerta de hambre, pero no importa. Me contentaré con poder pasar la noche bajo techado.

—¡Pobre niña!—murmuró Paul sinceramente compadecido—. ¡Pobre niña! Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo llevarla a usted al establo? Somos dos hombres y...

—No importa, no importa. Ya no les molestaré. Estoy acostumbrada a dormir en los rincones. ¡Llévenme usted, por favor! Si usted me deja aquí ahora, no sé qué será de mí. ¡Me moriré de frío y de miedo!

—¡Vamos a casa!—repuso Paul resueltamente.

Llegaron al establo. Rosenberg seguía tocando el violín. Al ver entrar a su amigo con el apio, le gritó:

—No me digas dónde lo has adquirido.

Pero al fijarse que además del apio traía una mujer, soltó un respingo.

—¿Qué... qué es eso?—inquirió.

—Eso es una señorita que traigo invitada. La dueña del apio. Se halla en la misma "próspera" situación que nosotros y por eso me he permitido traerla.

—Pero, ¿no comprendes que esto es una inmoralidad? Esta joven no puede dormir aquí.

—¡Pero si no tiene dónde ir! Después de todo, estamos demasiado apurados para reparar en pequeñeces. Viviremos como tres hombres... o como tres mujeres...

—¡Como tres hombres, si me haces el favor!—rezongó Rosenberg.

Y al fijarse en el rostro de la joven no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

—¡Es usted, usted!

Sí. Era la joven que aquella misma mañana le había hecho la infame proposición de pasar el sombrero para ver si podían recoger algún céntimo. ¿Que le había invitado arteramente a implorar la caridad pública? En una palabra, era Teresa Sheney.

—Esa mujer me ha humillado esta mañana en el parque proponiéndome pasar el sombrero como si en lugar de un artista fuese un pordiosero. ¡Ah, no, no! Yo no puedo tolerar su presencia aquí. Si ella se queda yo me marchó.

Pero ya Teresa se había anticipado a sus deseos y se dirigía a la puerta. No quería permanecer ni un instante más junto a un hombre que le recibía con tales muestras de desagrado.

—¡Ya me voy, ya me voy!—dijo con voz dolida—. Pueden ustedes quedarse con el apio.

Paul intentó intervenir, convencer a su amigo de que estaba cometiendo una terrible injusticia, hacerle comprender la necesidad de dejarla permanecer en el establo, aunque fuera aquella sola noche. Se volvió hacia ella para suplicarle que no se marchara y hubo de correr en su auxilio al ver que se tambaleaba como si fuera a desmayarse.

—No es nada, no es nada—balbuceó

ella al sentirse amparada por los brazos de Paul—. Sentí un poco de mareo.

La levantó en brazos. Pesaba menos que una pluma. La llevó a la cama, la tendió en ella, la arropó con el abrigo de Rosenberg.

—Está empapada — murmuró tristemente—. Y lo que es cien veces peor, tiene hambre.

Rosenberg había depuesto su actitud y se mostraba ahora sinceramente conmovido. Ayudó a Paul a quitar los zapatos a la joven y se apresuró a dulcificar sus facciones. Así, tendida en la cama, Teresa Sweeney parecía todavía más pequeña y más débil. Su cuerpecillo temblaroso no abultaba más que el de una adolescente.

Los dos hombres contemplaron conmovidos aquel rostro en que se reflejaba el sufrimiento. La tragedia de aquella pobre mujer era su misma tragedia, pero mucho más dolorosa por el hecho de ser mujer y débil. La visión de aquel cuerpecillo aterido, de aquel lindo rostro femenino, resultaba un espectáculo a la vez conmovedor y sublime. Así lo pensaba Paul, así debía pensarlo también Rosenberg, que olvidado por un instante de su violín y de sus propias miserias, miraba compadecido a la muchachita.

Teresa abrió los ojos. Su mirada vaga se posó primero en el rostro de Rosenberg, que la sonrió tímidamente, como si quisiera hacerse perdonar con

aquella sonrisa acogedora el exabrupto de un momento antes; miró luego a Paul y su rostro se aclaró con una suave expresión de alegría.

—¿Se siente usted mejor? — preguntó el joven, inclinándose solícito.

—Sí, sí, gracias. Pronto estaré bien.

—El señor Sweeney trajo un poco de te—hizo observar entonces Rosenberg.

—¡Hombre de Dios! ¿Por qué no lo dijiste antes? Tráelo, tráelo en seguida.

Bebió la joven el te, y el líquido caliente fué como una medicina para ella. Se incorporó en el lecho.

—Me iré dentro de un momento—dijo tímidamente mirando a Rosenberg.

Este puso el grito en el cielo.

—¿Cree usted que soy un monstruo? ¿Cree que voy a dejarla salir en una noche como ésta y en el estado en que se halla? Usted se queda aquí por lo menos hasta mañana.

Se apartó un poquito para ir a llenar de nuevo la taza de te, y Paul, inclinándose hacia la joven que seguía tendida en el lecho, le dijo en voz baja:

—En el fondo es un buen muchacho, pero si no puede refundiñar no se siente feliz.

—Pues yo me siento tan feliz ahora, que casi me echan ganas de cantar—repuso Teresa acariciando la piel del abrigo de Rosenberg—. Pero cuando pienso que mañana... ¡Bah! ¿Por qué

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

preocuparse? Tal vez mañana no despierte.

Hubo una pausa dolorosa. El rostro de la joven volvió a ensombrecerse. Volvía a ver el fantasma pavoroso de la miseria olvidado un instante ante el deleite físico que representaba acostarse en un lecho después de tantas noches de dormir de cualquier manera, en el Metro o en el quicio de una puerta. Sonrió tristemente y entornando los ojos mormuró:

—Si fuese así no tendría por qué quejarme. No volvería a sufrir más frío, ni más hambre.

—Pero se perdería usted el magnífico espectáculo de los tulipanes en la primavera, el resurgir de la Naturaleza. Es verdad que hace ahora frío y que estamos hambrientos. Pero esta situación no ha de durar eternamente.

Estas palabras de Paul fueron como un bálsamo para su corazón dolorido. Miró el rostro simpático y expresivo del anticuario y sonrió agradecida.

—Tal vez tenga usted razón, ¡pero la vida es tan triste cuando se carece de todo!—murmuró como si quisiera justificar su desfallecimiento—. Sí, sí, tal vez valga la pena seguir viviendo a través del invierno para ver la llegada de la primavera.

—Y aun sin tener que esperarla... Apuesto a que mañana hará un día magnífico. Resplandecerá el sol y le

dará nuevas esperanzas. Lo que usted necesita ahora es comer y dormir.

—Comer no. Con el te se me han quitado las ganas. Lo que quiero es dormir.

Rosenberg, que estaba devorando concienzudamente un pedazo de apio, se acercó al oír aquellas palabras.

—Bien, bien. Pero en nuestra cama no. Supongamos que tenga un sueño intranquilo.

—¡Rosenberg!—reprochó su amigo.—No pretenderás que durmamos los tres en esta cama. Nosotros nos iremos a dormir a otro sitio.

—Entonces tendremos que sacrificar-nos por su causa—exclamó el violinista.

Iba Paul a protestar por su falta de tacto cuando oyó la vocesita de Teresa que decía tímidamente:

—No se apuren por mí. Dormiré en cualquier rincón del establo.

Pero ya Rosenberg se había encargado de buscarle un lugar adecuado.

Aquel lugar era el pesebre.

Y a pesar de las protestas de Paul que juraba y perjura que él no podía tolerar semejante infamia, Teresa se empeñó en dormir allí, amenazando en caso contrario con marcharse, a pesar de la lluvia que seguía cayendo torrencialmente.

Se acostaron los dos amigos en la cama napoleónica, la gentil huésped en el humilde pesebre, y un cuarto de

hura después roncaban los dos hombres estrepitosamente y dormía ella con el sueño dulce y apacible de la inocencia. Rosenberg se pasó toda la noche soñando en las dos cosas que más le interesaban en el mundo. En que actuaba ante un público que le aclamaba entusiasta... y en que se freía un par de huevos, que devoraba rápidamente sin invitar a nadie.

Cuando las primeras luces de la mañana entraron en el establo, los dos ocupantes del histórico lecho empezaron a rebullir inquietos, despertaron al fin y cual no sería su asombro al ver que a los pies de la cama se veía un bulto mal cubierto con una sábana. Se apresuraron a descubrirlo y apareció el rostro asustado de Teresa Sweeney que les miró con expresión medrosa.

—¿Qué hace usted aquí? ¿No habíamos quedado en que dormiría en el pesebre?— rezangó el violinista.

—Sí—repuso ella timidamente—. Sí, señor, pero a media noche me entró un frío terrible y...

En aquel momento llamaron a la puerta. Antes de que Teresa hubiese tenido tiempo de esconderse, entró el muy honorable barrendero trayendo una pañoleta en la mano.

—¿Durmieron ustedes bien?— preguntó solícito—. Aquí les traigo un poco de pan.

En aquel momento descubrió a Teresa, que le miró sonriente, y abogó una

exclamación de asombro. La dulzura inalterable de su mirada hizo un esfuerzo sobrehumano para tornarse severa y sin poderlo conseguir del todo, se volvió hacia Paul para decirle en voz baja:

—¿Me hace el favor un momento? Quisiera decirle algo en privado.

Y luego cuando estuvieron un poco separados:

—Señor Olker, Esto ha sido siempre un establo respetable.

Olker sonrió. Colocó una mano sobre el hombro de su protector y amigo.

—No tema usted — repuso—. Su respetabilidad continúa inalterable. Recogí a esta desgraciada muchacha medio muerta de hambre y de frío, en medio de la calle, pero si usted lo cree conveniente, se marchará ahora mismo.

—No, no, por mí puede continuar si quiere, pero... en fin, usted ya me comprende...

—Bueno bueno, ya lo arreglaremos. Entretanto, prepárese usted para recibir esta noche su primera clase de violín.

Marchóse Sweeney saboreando el placer que la promesa de Paul acababa de proporcionarle, y el terapeuta de los "desheredados de la vida", como habría dicho un novelista cursi, quedó nuevamente dueño del cotarro.

Había llegado el momento de hacerse la toilette cotidiana y Paul propuso a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Rosenberg ir a bañarse al estanque en tanto que Teresa se ingeniaba con los elementos que tenía a su alcance para darse un baño.

—¿Tienen ustedes jabón y toalla?
—inquirió la joven.

—Jabón, sí. Partiremos en dos esta pastilla, pero en cuanto a toalla...

Abrió una maleta, sacó una camisa y se la alargó a la joven.

—Tome usted. Puede secarse con eso si quiere.

Rosenberg no se mostraba tan amable con Teresa como se lo mostraba Paul. Desde la salida de Sweeney y tal vez pensando en la malhadada lección que se había comprometido a darle, había estado reongando todo el rato, paseándose arriba y abajo del establo. Ahora, al disponerse a salir, en el momento de ponerse la americana, Teresa descubrió que el desgraciado propietario del suntuoso abrigo llevaba los pantalones agojereados, y en su afán para congratarse con él le preguntó en tono agnoble:

—¿Tiene usted hilo y aguja?

Un poderoso gruñido fué la única respuesta que acertaron a dar los labios del émulo de Sarasate.

—Lo decía para remendarle los pantalones—terminó Teresa al ver que Rosenberg se marchaba dando un portazo.

Mientras ella se desnudaba y procedía a bañarse, sus compañeros de hos-

pedaje hacían también sus abluciones matutinas en el estanque del parque. Una vez lavados y afeitados, el hambre que se había dormido con ellos y que con ellos se había despertado también, empezó a dar señales de vida, hurgando, arañando en las puertas de su estómago en busca del alimento necesario. Aquel pedazo de pan que Sweeney les había dado, no bastaba ni con mucho a saciar su apetito. Se hacía necesario, se hacía indispensable, encontrar alimento. Aquel estado famélico no podía prolongarse.

—No podemos quejarnos de nuestro albergue. Lo único que nos falta ahora es la comida—insinuó Paul.

—Sí, claro, la comida. Una bagatela.

—Tengo una idea luminosa.

—¿Para qué?

—Para aplicarla al encuentro de esta bagatela. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría un pollo?

—¿Un pollo!—murmuró Rosenberg casi en éxtasis—. ¿Un pollo! ¿Uno de esos animalitos de plumas que se comen?

—Sí, esos mismos. ¿Qué te parece?

—Me parece que el hambre te ha reblandecido el cerebro. Si no fuese así no me harías estas preguntas tan absurdas.

Estaban a dos pasos del parque zoológico. Allí se fueron pensando que tal vez la vecindad de los animales les ayudaría a dar curso a aquella idea lu-

minosa que se había fraguado en el cerebro de Paul. Descubrieron un magnífico gallinero lleno de aves de corral, de aquellas aves de corral para la posesión de las cuales, Rosenberg habría sido capaz de renunciar a toda su música. Creyendo que se trataba de una ilusión óptica provocada por sus mentes embotadas, cerraron los ojos para volver a abrirlos en seguida y convencerse de que el gallinero era tan real, por lo menos, como el hambre que llevaban dentro. Paul completamente trastornado, iba a hacer una lacura—la de saltar al interior del gallinero—cuando Rosenberg le detuvo señalándole la presencia de un guardia. Hubieron de renunciar a sus dulces proyectos para entretener su hambre ante un corral en donde habían unos hermosísimos y sonrosados cochinitos.

En aquel momento pasó por su lado un carretón de mano llena de grandes pedazos de carne cruda. Conducía el carretón un negrito y todo aquel alimento estaba destinado a las fieras del parque, muchísimo más afortunadas, sin duda alguna, que algunos desgraciados mortales. Felices ellas que no padecían los efectos de la crisis reinante.

—¡Ahí tienes carne de veras—deploró Rosenberg.

—No sirve para comer.

—Pero los leones la comen.

—Tienes razón. Si los leones la comen, no veo por qué no podemos co-

merla nosotros. No será una carne tan fina como el filete, pero por el precio que nos cuesta... Vamos a ver si hacemos algo. Tú quédate aquí y cuando yo haga una señal empieza a tocar.

Rosenberg obedeció, se quedó allí quietecito, a cierta distancia del negro, que ya había llegado con su carrito junto a la jaula de las fieras y se disponía a distribuirles su ración diaria. Paul se le acercó y empezó a hablarle campochanamente:

—Carne para el desayuno, ¿eh?

—Desayuno o comida, no quieren más que carne.

—¿Podrían comerla los humanos?

—Los humanos no sé, pero yo me la como.

—¿Come usted de esta misma carne que comen los leones?

—Sí. Para ponerme fuerte como los leones. Yo estaba muy débil, tan débil que con sólo oír el rugido de las fieras me ponía a temblar como un azogado. En cambio ahora me sentiría capaz de entrar en la jaula.

Siguieron hablando. El negrito cortaba y distribuía la carne en pedazos razonables, entreteniéndose en su labor, mientras las fieras, que habían visto el alimento, reclamaban su presa con terribles rugidos. De pronto, Paul hizo el gesto convenido y Rosenberg empezó a tocar una musiquilla que el negrito oyó primero sorprendido, luego deleitada. Pronto su cuerpo todo empezó a

moverse como si tuviera hormiguillo y le resultara imposible permanecer quieto. En seguida, sus piernas iniciaron los primeros pasos de una danza y sus pies se lanzaron al torbellino del claquet. Todo, todo quedó olvidado. Las fieras que seguían rugiendo cada vez con más fuerza, el carrutón, la carne... Siempre bailando se fué acercando al músico improvisado con ánimo, sin duda, de darle sus más efusivas gracias y aquello fué aprovechado por Paul para cometer el robo que tenía planeado. Apoderóse rápidamente de un pedazo enorme de carne, que envolvió en un papel de diario y, bailando también, se fué alejando lentamente, sin que el negro, entretenido en darle a los pies, se hubiese fijado en su hábil maniobra. El león, sí, se fijó, se fijó tanto, que furioso al ver que se apoderaban de un pedazo de alimento destinado a su estómago, empezó a rugir amenazadoramente, sacando sus garras por entre las rejas y alborotando el cotarro de tal forma, que un minuto después tigres, panteras, leopardos y demás fieras se habían sumado al concierto, armando una botahola de mil diablos. El negro, que había visto desaparecer misteriosamente al improvisado músico, apenas Paul hubo cometido su fechoría, se volvió hacia las fieras y después de amonestarlas muy severamente por su actitud desconsiderada, empezó a repartir-

les la carne sin fijarse en el pedazo que faltaba.

Paul entró en su "palacio" mostrando la carne como un trofeo de victoria.

—¡Carne de león! ¡Carne de león! —gritó mostrándosela a la asustada Teresa que se apresuró a preguntarle:

—¿Ha matado usted un león?

—¡Ja, ja, ja! No, no me he atrevido a tanto. Rosenberg ha ido a buscar una sartén.

La sartén había ido a buscarla Rosenberg al único sitio dónde podían dársela gratis, a casa de Sweeney, pero no había nadie en la casa; encontró al fin a Sweeney y ambos fueron en busca de la mujer de éste al Banco Sheridan. El barrendero hizo las presentaciones.

—El señor Rosenberg, que me ha prometido darme clases de violín. Mi mujer.

—Tanto gusto, señora. Habrá usted de perdonarme que apenas presentado me tome el atrevimiento de hacerle una petición. ¿Podría usted prestarme una sartén?

—Con mucho gusto. Mi marido puede ir con usted a casa y prestarles la que les convenga.

Estaban junto al ascensor principal del Banco. En aquel momento entró en el ascensor un caballero entrado en años, de pelo enteramente cano y aspecto distinguido, vestido con gran ele-

gancia. La señora Sweeney cesó inmediatamente de hablar y un instante después se remontaba en el ascensor, junto con el señor de pelo cano.

—¿Quién es este... burgués? — Inquirió Rosenberg, que desde que había empezado a ayunar se sentía proletario.

—Es el señor Sheridan, el presidente del Banco. En este Banco tenemos guardados nuestros ahorcillos. Es el mejor de los hombres.

—El mejor de los hombres, ¿eh? ¡Claro! Con su dinero yo sería también el mejor de los hombres. Pero él tiene millones y yo no tengo nada. ¡Nada! Arriba de dejar un lecho suntuoso, de desayunar como un príncipe. Su comida será mucho mejor que la mía.

—Y que la mía también, no le queda duda, pero en cambio, él no tiene nuestro apetito—filosofó Sweeney.

Pero aquella reflexión tan acertada no calmó las iras de Rosenberg que siguió perorando como si en lugar de un violinista fuese un orador socializante.

—Piense usted en el poder que ejerce, en la vida que vive este hombre. Maneja millones, gasta como un príncipe, se pasea en coche, tiene sin duda alguna una amante a la que cubre de joyas. ¡Qué no daría yo por vivir su vida!

Allá arriba, en el suntuoso despacho de presidente del Banco, Alfredo Sheridan, sentado en un sillón, los oídos

apoyados en su mesa de trabajo, apretándose las sienes con las manos, cerrados los ojos para ver mejor las tribulaciones de su espíritu, escuchaba casi sin oír las palabras de consuelo que intentaba prodigarle su secretaria.

—Señor Sheridan, no se ponga así, por Dios, no se deje arrastrar por el pesimismo.

—¡Pesimismo, pesimismo! ¿Qué otra cosa puedo hacer, sino sentirme pesimista?

—No descansó anoche, ¿verdad? Tiene en su rostro las huellas del insomnio.

—No, no descansó, en efecto. Fui a ver al presidente de otro Banco y estuve rogándole en vano toda la noche para que me ayudara.

—¿Y qué?

—Todo en vano. Se excusó como pudo. Me dijo que su Banco estaba atravesando también una fase crítica.

El señor Sheridan volvió a dar muestras de desesperación, volvieron a inquietarse los dulces ojos de la mecanógrafa, que sentía hacia su principal, siempre tan afectuoso y comprensivo con sus empleados, un afecto casi filial.

—Señor Sheridan — volvió a suplicar — No se desespere. Si se deja usted arrastrar por el pesimismo no salvará al Banco. Necesitamos todos de su presencia de ánimo para salir adelante.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Pero el señor Sheridan no la oía. Sus ojos miraban con fijeza un punto lejano, sus labios balbuceaban unas palabras que eran el reflejo de su pensamiento.

—¡Si muriese! — murmuró consigo mismo—. Si muriese, los depositantes podrían cobrar, al menos, mi seguro de vida.

La secretaria comprendió. Adivinó qué clase de pensamientos eran los que atormentaban el cerebro de su jefe y, juntando las manos en ademán de súplica, dijo con voz grave y triste como un reproche:

—Señor Sheridan, el suicidio es una cobardía siempre, y en su caso sería...

Se interrumpió. No se atrevió a pronunciar las palabras de censura que subían a sus labios y se limitó a decirle con entonación respetuosa:

—A pesar de los malos tiempos, hay quien encuentra fuerzas suficientes para reaccionar y seguir adelante.

—¡Seguir adelante! Pero es que no puedo, señorita Smith, no puedo. Cuando pienso en las personas que me confiaron sus ahorros, en estas personas

que tienen una fe ciega en mí, como la señora Sweeney, por ejemplo. Estas gentes sencillas, honradas, que se han pasado la vida trabajando para ahorrar algún dinerillo. Estas personas, si el Banco llega a quebrar, no podrán perdonarme nunca. Ellos no saben nada de acciones que pierden su valor, ni de bonos despreciados. Ellos sólo saben que han puesto su dinero en el Banco y el Banco se los roba. Pensarán que el hombre en quien confiaron es un ladrón y...

—¡Pero usted ya habla como si todo estuviese ya perdido! Precisamente la Bolsa cerró más alta ayer.

—Sí, pero esto no puede salvarnos.

Hubo una corta pausa. Después, la secretaria intentó dulcemente convencer a su jefe de que tomara alguna cosa.

—No, no—rechazó Sheridan—. No podría probar bocado. Me pondría enfermo.

Aquel hombre era el que, según Rosenberg, "acababa de dejar un lecho suntuoso y desayunar como un príncipe". La vida es casi siempre la eterna comedia de las equivocaciones.

CAPITULO III

Allá, en el parque zoológico, en el humilde estable de Sweeney, tres, dos hombres y una mujer, se sentían felices porque, después de un prolongado ayuno, su estómago había entrado de nuevo en estrecha, aunque fugaz relación con un pedazo de carne destinada a los leones, pero que al femenino triu le parecía el manjar más sabroso del universo. Habían distribuido la carne con tan buen tino, que después de almorzar opíparamente, estaban ahora cenando con los restos.

—Jamás probé carne tan buena—decía Teresa admirada, mientras le hincaba el diente.

—Me siento casi feliz—decía Paul, cuyo rostro reflejaba, en efecto, una dicha resplandeciente.

También Rosenberg se sentía dichoso en aquel momento, aunque arrastrado por su mala costumbre se creía obligado a refunfuñar.

—¡Sí, ya lo creu, muy felices! Pensar que una celebridad como yo...

—¿Quieres callarte, Rosenberg? Nos vas a estropear el día con tus eternas

lamentaciones—amonestó el anticuario.

Habían habilitado para que hiciese las veces de mesa un cajón vacío que habían cubierto de periódicos en substitución de los manteles.

Sweeney les había prestado platos y vasos y con aquella humilde vajilla y la ayuda de su imaginación, podían creerse huéspedes del restaurante donde Paul había hecho la noche anterior su intento de robo.

Llamaron a la puerta y casi sin darles tiempo a contestar "adelante" entró Sweeney. Venía por su primera lección de violín y al ver a sus huéspedes instalados tan confortablemente y comiendo con tan buen apetito, no pudo menos de alegrarse.

—¡Vaya, vaya! Parece que empieza a solucionarse su problema doméstico... Con un poco de buena voluntad todo se arregla. Por cierto que la señorita ha limpiado y arreglado el estable de tal manera que casi parece una vivienda de veras.

Miró tímidamente a Rosenberg, a quien la presencia del barrandero es-

taba a punto de hacerle indigestar la cena.

—Vine a dar clase—habucó.

Teresa y Paul se levantaron.

—Bien, bien. Como ustedes desearán estar solos, nosotros nos iremos a dar un paseito por ahí. Regresaremos dentro de una hora. Buena suerte, señor Sweeney. Buenas noches, Rosenberg.

Rosenberg contestó con un gruñido. La idea de que tenía que empezar a enseñar el divino arte de la música a aquel patán, le ponía los pelos de punta.

—Tenemos que darnos prisa—refun-funó.

Cogió una pieza de música que le entregó al barrendero. Este la ojeó atentamente, la miró y remiró.

—¿Es Macushla?—inquirió sonriente.

—No es Macushla, es un concierto de Brahms—repuso su maestro.

—Un concierto de... bueno, de este señor que acaba usted de nombrar. ¿Y para qué quiero yo eso? Lo que yo quiero es aprender a tocar Macushla.

—Sí, ya lo sé, pero primero tiene usted que aprender las notas. Mire usted, fíjese bien en eso, en estas rayas. Bien, a esas rayas se les llama pentágrama. Eso son los espacios, eso son las líneas... eso es la clave de sol, eso se llama una línea divisoria, eso una doble barra. A ver, a ver, repita.

La repetición fué un desastro. Dema-

siadas cosas de una sola vez y demasiadas cosas para un pobre hombre que entraba por primera vez en su vida en relación con los secretos de la música. Sweeney audió tinta china para aprenderse una sola palabra: "Pentágrama", que unas veces pronunció "pentágruma" y otras "pentrágruma"; confundió lamentablemente la línea divisoria y se hizo un lío tremendo con los espacios y las líneas. Rosenberg, cuyo malhumor había llegado al paroxismo, tuvo una idea luminosa para evitar seguir adelante y ahorrarse el trabajo de tener que estrangular a su inocente discípulo. Decidió aconsejarle que tocara otro instrumento.

—Si se decidiese usted a aprender a tocar la flauta no tendría que aprender nada de eso—insinuó.

Sweeney meneó la cabeza negativamente.

—No, no, quiero aprender a tocar el violín—dijo con obstinación de chiquillo.

Siguió la clase. Ahora Rosenberg trataba de enseñarle el nombre de las notas que se colocaban en las líneas y las que se colocaban en los espacios. Primero con iniciales, luego con el nombre entero.

—Fíjese bien. Las del espacio son F. L. D. M. Repita conmigo.

—F. L. D. M.

—Bien. Ahora las líneas: M. S. S. R. F.



—¿Lleva mucho tiempo en Nueva York?



—¿Por quién me ha
tomado usted? Soy un
artista, no un pordio-
sero.



—Sí: ya me lo imagino... pero podría pasar el sembrero de todas modos.



—Espero sea un buen discípulo. Mi jefe dice siempre que tengo buen oído...



—Siento interrumpir su idilio...



—Una señorita que traigo invitada.



—Eso joven no puede dormir aquí.



... ahogó una exclamación de asombro.



—Parece que empieza a solucionarse su problema doméstico...



—¡Mire, mire! ¡Un lucero!—exclamó Paul, mirando el firmamento.



—Mira a Sheridan. El no está preocupado por esa detalla de la comida.



... parecía preso de un ataque de demencia.



... no podían acostumbrarse a aquello.



—¿Dónde conseguiste el dinero? ¿Dónde?



—No tienes ningún
derecho a hacernos
esta pregunta.



...volvió a meterse con él, empeñándose en quitarle los zapatos.

—M. S. S. R. F.

—Bien. Ahora usted solo.

Transcurrió media hora durante la cual el infeliz Sweeney sufrió las torturas del infierno tratando de recordar las iniciales malditas, mientras Rosenberg sentía aumentar gradualmente sus deseos de dejar de ser un artista para degenerar en asesino. Al fin, el infeliz harrendero hubo de darse por vencido.

—Yo creí que las notas eran Do, Re, Mi, y no un abecedario. Yo lo único que quiero es aprender a tocar Macushla.

—Sí, sí, ya lo sé, pero para eso es preciso aprender primero el nombre de las notas.

—¿Y eso por qué?

—¡Para, hombre de Dios! ¿No comprende que sin saber las notas no puede usted tocar el violín? Vamos a ver. Trataré de explicárselo. Pongamos que Macushla es una casa. Pues bien. Para hacer una casa se necesitan los ladrillos, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien. La casa es Macushla y las notas son los ladrillos. ¿podría usted edificar Macushla sin los ladrillos, o sea sin las notas?

—Sí, señor — repuso el harrendero muy decidido.

—¿Quéééé?

—Sí, señor. Haciendo la casa de madera.

Desde aquel momento Rosenberg de-

cidió enseñarle la Macushla de oído o no enseñársela de ninguna manera.

Terresa y Paul habían ido a pasear por el parque, cuyas avenidas y rincones estaban casi enteramente desiertos.

De vez en cuando tropezaban con una pareja de enamorados, muy cogiditos del brazo, muy amartelados, ajenos por completo a todo lo que les rodeaba. En algunos bancos dormitaban algunos desgraciados sin hogar, que no habían tenido la suerte de poseer una cama napoleónica y tropezarse con un harrendero melómano y sentimental. Auduvieron en silencio largo rato, embebidos en la contemplación del firmamento que se extendía sobre sus cabezas. La noche era un poco fría porque había nevado unas horas antes, pero serena y estrellada. La luna inundaba el paisaje con su suave luz blanca, que daba a los contornos de los árboles apariencias fantasmalen. De vez en cuando llegaba hasta ellos, traídos por el aire, el rugido estridente de las fieras. Un poco más allá se veía el parque de atracciones, alumbrado profusamente.

—¡Mire, mire, un lucero! — exclamó Paul, mirando el firmamento —. Expresase un deseo.

Su compañera sonrió. Le miró dulcemente con sus ojos oscuros y expresivos.

—Si le dijera que hoy no siento ningún deseo.

—Se contenta usted con muy poco.

—¿Poco! ¿Le parece poco haber comido carne, después de tantos días de ignorar su sabor? ¿Poco tener un techo que me ofrece cobijo? ¿Poco estar paseando ahora con un buen amigo? No, no, Paul, no es poco. Para mí es mucho más de lo que me habría atrevido a esperar hace algunos días, cuando carecía de todo, cuando no era más que una pobre muchacha perdida en Nueva York, una infeliz actriz sin contrato.

Hubo una corta pausa. Las palabras de Teresa llegaban al corazón de Paul, conmoviéndole profundamente. Pensó en las oscuras tragedias análogas a la de aquella mujercita pálida y dulce que debían esconderse en las entrañas de aquella gran ciudad, en el número incalculable de seres desamparados y míseros como aquella pobre actriz sin contrato, que deambulaban por las calles de Nueva York. Por un momento se olvidó de su propia situación, para no pensar más que en la de aquel débil ser que caminaba a su lado y hacia el cual empezaba a sentir una ternura inmensa. Después de todo, él había vivido hasta entonces una vida regalada, casi opulenta. Sabía que existía la miseria, pero como se sabe de la existencia de una enfermedad que no se padece y por lo tanto no nos atormenta

si nos interesa. Había sido rico, jugador, derrochador, había vivido espléndidamente, había creído encontrar en el placer el verdadero sentido de la vida y he aquí que ahora las palabras pronunciadas por los labios temblorosos de una mujercita pobre, desvalida, miserable, le revelaban una nueva verdad desconocida hasta entonces, una verdad triste y consoladora al mismo tiempo. La de que a veces, la verdadera felicidad consiste, no en procurar nuestra propia dicha a través del placer egoísta, sino en el dulce sentimiento de orgullo que nos produce saber que con una sola palabra amable, con un solo gesto, con una sola mirada, podemos hacer la felicidad de un semejante nuestro. En aquel momento Paul se sentía casi tentado de hendir aquella bancarrota a través de la cual estaba aprendiendo muchas, muchas cosas que había ignorado hasta entonces. Gracias a ella estaba aprendiendo una lección difícil de la que, sin duda alguna, saldría convertido en otro hombre, un hombre con sentimientos nuevos y con nuevas ideas, un hombre mucho mejor y mucho más humano.

—No hay que pensar más en ello—dijo al fin cogiendo a Teresa del brazo. Usted se queda con nosotros. Compartirá nuestra humilde vivienda. El único obstáculo estaba en Sweeney y éste parece haber aceptado la situación fácilmente. En cuanto a Rosenberg, a pesar

de su mal gesto, es un alma de Dios y un muchacho honorable. Además, este estado de cosas no puede prolongarse indefinidamente. Pronto, uno de nosotros encontrará trabajo y entonces mejorará la situación de todos. Usted ha convertido el establo en un hogar y sería un crimen arrojarla de él.

—¡Oh, gracias, gracias! Ya sabía yo que usted me permitiría quedarme. Pero si he de serle franca, tenía un poco de miedo, por el barrendero. ¡Es una situación tan anormal la nuestra! Sólo los hombres puros de conciencia como este buen hombre pueden comprenderla. Le aseguro a usted que no tendrían que deplorar haber sido tan generosos conmigo. Cuidaré de usted y de Rosenberg como si de mis hijos se tratara.

—Unos hijos un poco talluditos, sobre todo por lo que a mí respecta—repuso Paul sonriendo.

—Parece mentira que pueda hallarse tanta felicidad en un humilde establo.

—El salvador del mundo quiso nacer en él.

—Tiene usted razón. Me había olvidado.

—Yo también me siento feliz. Teresa... aunque no me vendría mal una ropa interior de lana. Estas noches de invierno son un poco frías, ¿no le parece?

—¡Dígamele a mí!—repuso Teresa haciendo un guiño expresivo.

Cerca de allí, en el restaurante en

donde Paul Olker había hecho su primer intento de robo, Corliss, uno de los financieros más conspicuos de la ciudad, estaba cenando con su mujer y unos amigos. Entró Sheridan, el presidente del Banco de Ahorro, quien sin contestar apenas a los saludos que le dirigían desde todas las mesas, se encaminó directamente a la ocupada por Corliss y sus amigos. Después de los saludos de rigor, Sheridan suplicó en voz baja:

—¿Me permites dos palabras en particular? Lamento tener que interrumpirte, pero...

Un instante después los dos grandes financieros, refugiados en un rincón del restaurante, hablaban animadamente.

—Lo siento, Sheridan, creo que lo siento, pero en estos momentos difíciles para todos me es imposible ayudarte. No podría darte la cantidad que necesitas para salvarte. Si intentara hacerlo me hundiría contigo.

—He invertido en el Banco toda mi fortuna personal, pero no es eso lo que me importa. Es mi honor, mi reputación de hombre íntegro.

—¿Has hecho algo ilegal?

—El mes pasado hice entradas falsas en mis libros, no era legal aunque tampoco perjudicaba a nadie. Pero los inspectores del Banco vienen mañana y...

—Sheridan, amigo mío, quisiera de veras ayudarte, pero...

En el establo Rosenberg había terminado ya su suplicio. El magnífico instrumento del violinista, que junto con su abrigo de pieles representaban toda su fortuna, una fortuna a la que no habría renunciado por toda la comida del mundo, había sido atermantado concienzudamente por las manos bastas y callosas del hombre barrendero, hasta arrancarle quejidos mucho más parecidos a los maullidos de un gato, que a los de las cuerdas de un violín.

Se enfundó en su suntuoso abrigo, se caló el sombrero y salió al parque en busca de sus compañeros de hospedaje. No tardó en encontrarlos y juntos los tres siguieron paseando.

El violinista estaba siendo víctima de un fenómeno curioso. El magnífico pedazo de carne "de león", que había comido una hora antes, se había derretido en su estómago como si fuese un blando merengue. En una palabra, el hambre atrasada del pobre Rosenberg, no había logrado saciarse más que momentáneamente y volvía a dar señales de vida, atormentando a su víctima. Rosenberg volvía a sentirse tan hambriento como antes de comer, y sus amigos, a quienes expuso su triste situación, estaban preguntándose inquietos, si tendría la solitaria.

Llegaron frente a la puerta del restaurante, en el mismo instante en que el banquero salía del mismo. Rosen-

berg, al verlo, volvió a sentirse revolucionario y sintió renacer sus rencores contra él, como si el pobre hombre fuese el culpable de su situación desesperada.

—Con lo que esta gente da de propina tendríamos para comer una semana—comentó sombriamente.

—¡Glutón! — reprochó su amigo—. No piensas más que en tu estómago. Parece metultra que seas un artista... También nosotros nos hemos dado un pequeño banquete.

—Pues yo sigo teniendo hambre.

—¡Pues aguántate! No vamos a estar comiendo cada media hora. Hay que tener un poco de paciencia. Estoy seguro de que las cosas van a mejorar.

—Tengo una idea. Entramos en el restaurante y hagámonos servir una buena cena y luego diremos que...

—Sí, y después de haber dicho que... iremos a la cárcel.

—¡Bah! No estoy seguro de que no fuese la mejor solución para nosotros. Mira a Sheridan. Él no está preocupado por ese detalle de la comida. Debe haber cenado opíparamente y ahora se irá a su casa o a ver a su querida, en tanto que nosotros seguimos rabiando. ¡Ah, pero lo que es yo no lo aguanto! Ahora mismo voy a hacer una de sonada y que me lleven a la cárcel. Allí siquiera me darán de comer.

Paul y Teresa vieron con el susto consiguiente, como Rosenberg se aga-

chaba y cogiendo un gran pedazo de nieve, se disponía a hacer blanco de su puntería en la persona del banquero Sheridan, que en aquel momento cruzaba la calle. Paul se echó rápidamente sobre él. Rosenberg parecía preso de un ataque de demencia. Lucharon y como Paul era el más fuerte no tardó en dominarlo. Casi a rastras hubieron de llevarse al establo y una vez allí el hambriento violinista consiguió serenarse comiéndose ávidamente un pedazo de pan que Sweeney les había dado.

Media hora después, los tres huéspedes del establo de Sweeney dormían a pierna suelta. Teresa en la cama napoleónica que le habían cedido sus dos compañeros. Paul y Rosenberg en un mal jergón de paja que habían encontrado en un rincón del establo, oculto tras los enseres de limpieza. Respetuosos con la moralidad, habían establecido una separación entre los dos sexos por medio de una sábana vieja, colgada de una cuerda, que aislaba el jergón miserable de la cama napoleónica.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente, Teresa se levantó muy temprano y procedió a arreglar el establo, haciendo el menor ruido posible. Media hora después despertaban los dos huéspedes y Rosenberg ponía el grito en el cielo al notar la desaparición de su gabán. Se tranquilizó al ver que estaba abrigando el débil cuerpecillo de Teresa, que casi desaparecía por completo dentro de él. La muchacha, al levantarse, había sentido frío y se lo había apropiado tranquilamen-

te. Los tres ocupantes del establo estaban practicando la difícil doctrina del comunismo y por el momento no les daba tan malos resultados como habría sido de esperar.

Pero Rosenberg habría dejado de ser quien era si no hubiese protestado. Media hora hacía que estaba reclamando inútilmente su prenda de abrigo sin que la gentil muchacha se decidiera a satisfacer su ruego. Teresa estaba planchando y al que decir tiene que la genero-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sa donante de la plancha había sido la honrada mujer de Sweeney. Planchaba su falda, que se había lavado la noche anterior al llegar al establo y no era cosa de quedarse en paños menores para satisfacer la exigencia de su compañero.

—Dame mi gabán—exigía Rosenberg cada vez más enojado.

—Espera. Yo también tengo que estar presentable.

—Ya debería estar andando por ahí con mi violín. He decidido pisotear mi dignidad e implorar la caridad pública. Así tendremos algo que comer... ¡Dame mi gabán te he dicho!

—En seguida. Tengo que plancharlo la camisa a Olker.

—Me la pondré así como está—repuso éste, que antes de su bancarrota había sido un apuesto dandy, pero que ahora había perdido su exquisita elegancia.

—No quiero que hagas eso—repuso Teresa muy enfadada—. Desde que te conosco no has llevado una camisa sin planchar.

—Desde que me conoces he llevado la misma camisa que no es lo mismo.

Aunque parezca extraño, prevaleció esta vez el criterio del hombre, quien se colocó su camisa arrugada con el mismo deleite con que antes se colocaba su pechera almidonada. En seguida, Rosenberg volvió a exigir la devolución de su abrigo.

Teresa se refugió tras la mampara del pesebre para sacárselo. Entregó la magnífica prenda a Rosenberg que, siempre refunfuñando, se la endosó y salió a la calle dispuesto a "pisotear su dignidad" como él decía, en aras a las exigencias de su estómago. Teresa y Paul quedaron solos.

De pronto Paul que miraba avrohiado la linda cabecita de Teresa saliendo por encima de la mampara del establo, vió, con el susto consiguiente, como la muchacha, olvidada repentinamente de su presencia, salía de su "refugio" para ir en busca de la saya, sin otra vestimenta que su blusita y sus pantaloncillos, que dejaban al descubierto unas piernas largas y finas—piernas de corista—. Aquel agradable espectáculo que la muchacha inconsciente iba a ofrecer ante sus ojos, lejos de agradarle, tuvo la virtud de despertar su indignación, haciéndole soltar un grito, que fué secundado por otro de Teresa al darse cuenta de su distracción y correr a su "cuarto". Desde allí con la moral a salvo y las piernas también a salvo de las miradas irascidas de Olker, murmuró asustada al ver el unojo de éste.

—Me olvidé de que estaba aquí.

—¿Te olvidaste, te olvidaste!... Supón que alguien te hubiera visto.

—No me ha visto nadie más que tú—repuso la joven secundando el tuteo que él acababa de iniciar inconsciente-

mente—. Además, no acostumbro andar así.

—¡No faltaría más! ¿Te parece bien andar por ahí medio desnuda?

—¡Bah! Medio desnuda. Si fuese en traje de baño no te creerías obligado a horrorizarte.

—Si fueses en traje de baño la cosa sería diferente. Hay ciertos matices que tú eres demasiado inocente para alcanzar. Imagínate que en lugar de estar yo aquí hubiese estado Rosenberg.

—¿Y qué? ¿Acaso hay alguna diferencia en que me hayas visto tú?

—No, claro que no, digo, sí. No sé—balbuceó Paul dando señales evidentes de desconcierto.

—Bueno, bueno, dame mi saya y olvidemos el accidente. Después de todo quedamos en que seríamos tres hombres.

—Sí, pero hasta cierto punto.

Ya completamente vestida, Teresa se dispuso a salir.

—¿A dónde vas?—inquirió Paul a quien el incidente había puesto de mal humor.

—A ver si puedo hacer algo también.

—Bastante has hecho ya con arreglar todo eso—repuso él, siempre con el tono desahogado.

—Eso no es suficiente.

—Insisto en saber a dónde vas.

—¡Pero hombre de Dios! ¿A dónde quieres que vaya? Por ahí, a ver si encuentro algún empleo.

Y sin decir más, salió del establo. Paul se quedó solo y furioso consigo mismo, con Teresa, con Rosenberg y hasta si me apuran mucha con el mismísimo Sweeney. Y todo eso sin saber por qué.

Rosenberg no había mentado. El “gran artista”—lo era en realidad—había decidido quemar sus naves y sufrir la mayor humillación de su vida convirtiéndose en un profesional de la mendicidad, ya que no había manera de encontrar trabajo. Había visto un sitio que consideraba muy estratégico para empezar en él a ejercer su oficio de mendicante, pero con gran desengaño lo suyo, lo encontró ocupado ya. El que había tenido el atrevimiento de anticiparse era un compañero de profesión artística. Un flautista. Rosenberg se fué directamente a él dispuesto a hacerle marchar a las buenas o a las malas.

—Esto no es un sitio para un flautista—insinuó.

El músico—un anciano respetable, de rostro afable y simpático—lo miró con expresión de asombro.

—Parece usted un director de orquesta—insinuó al ver los cabellos alborotados del violinista y su espléndido abrigo.

—No he llegado a ser un director, pero sí a tocar en la Sinfónica de Pittsburgh.

—Y yo en la de Dusseldorf. Soy alemán y hace un año comoté el error de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

venirme a Nueva York. Conseguí un puesto en una orquesta, pero vino el "crac" y la orquesta se deshizo. ¿Cree usted que volveremos a tocar algún día?

—Desde luego, pero yo no aceptaré nunca una ocupación indigna de mi categoría. Prefiero mendigar.

—Pues a mí me gustaría tocar en un café donde dieran cerveza. Aunque también aceptaría cualquier otro lugar. Yo no tengo manías. Me pasó el día entero buscando, pero cuando me ven vestido con este traje tan astroso, no me quieren ni escuchar y me echan con cajas destempladas creyendo que soy un mendigo.

A pesar de ser un cascarrabias, Rosenberg tenía un corazón sensible. No en vano era una artista. La visión de aquel pobre anciano desvalido, medio muerto de hambre y tan aterido, que según confesión propia, sus dedos helados apenas si le dejaban tocar las escalas, conmovió profundamente al joven. En uno de aquellos rasgos de generosidad, que en sus tiempos de bienestar le habían llevado a extremos de locura, se quitó el abrigo y alargándoselo al anciano, le dijo con aparente indiferencia:

—Tome. Póngase usted este abrigo. Con un gabán así estará usted presentable y tal vez consiga encontrar el empleo que desea. Yo no podría aceptar-

lo porque soy un gran artista, pero usted sí puede.

—Pero, señor — balbuceó el buen anciano conmovido.

—Nada, nada. Usted se pone el abrigo, se marcha por ahí y luego al anochecer se deja caer en esta esquina y yo pasaré para recoger mi prenda.

—Pero se va a helar usted.

—No tengo nunca frío, además soy joven. En cuanto empiece a tocar entraré en reacción. La música me hace invulnerable a todas esas pequeñas miserias físicas. Vaya usted con Dios y no deje de devolverme el abrigo.

Un cuarto de hora después, los transeúntes que pasaban por aquella esquina se sorprendían grandemente al ver a un joven de pelo enmarañado tocando furiosamente las piezas técnicamente más difíciles del repertorio violinístico.

Teresa había salido del estable sin rumbo fijo. A decir verdad no tenía intención de cansarse demastado yendo en busca de trabajo. Cuando se han pasado ocho meses, día por día, hora por hora, andando de un extremo a otro de la ciudad en busca de un empleo, sea el que sea, sin poder dar con él, se llega a la conclusión de que hay en el mundo cosas irrealizables, cosas que están por encima del poder humano y que entre estas cosas se encuentra el hallar trabajo. La crisis espantosa que estaba atravesando Norteamérica había

agudizado el problema y cada día era mayor el número de Bancos que quebraban, tiendas que cerraban, teatros que terminaban repentinamente su temporada. En estas condiciones, el que no tenía la fortuna de seguir colocado llegaba a cansarse y cesaba de buscar.

Teresa deambuló un rato por el parque. Iba a cruzar el puentecillo del lago, cuando vió a un hombre apoyado en el pretil, mirando el agua con una fijeza inmóvil.

Su fino instinto de mujer le dijo que aquel hombre estaba haciendo algo más que satisfacer una inocente curiosidad. Aquel hombre estaba preguntándose qué clase de paz podría hallar en el fondo de aquel lago.

Se acercó a él, se colocó a su lado, le miró de reojo. El hombre vió su imagen reflejada en el espejo de las aguas y volvió el rostro para mirarla. Era el banquero Sheridan.

—¿Ha perdido usted algo? —inquirió la joven inocentemente.

El banquero le contestó con un gruñido.

—¿Hace un tiempo precioso, verdad? Ayer a estas horas estaba nevando copiosamente, pero hoy hace un tiempo precioso. ¿No le parece?

—No comprendo.

—Pues me parece que le hablado bien claro.

Una corta pausa. Luego, Teresa continuó su interrogatorio:

—¿No estaría pensando en tirarse al lago, verdad?

—No.

—A pesar de todo, me parece que usted no es feliz.

Casi sin darse cuenta, las palabras confidenciales vinieron a boca del señor Sheridan.

—Estoy preocupado por el estado general de los negocios.

—¿Es usted también un fracasado?

—Soy el presidente de un Banco de ahorros.

Mientras hablaban, Sheridan se había apartado del pretil y parecía dispuesto a marcharse; furioso en su fuero interno con la joven entrometida. Ni él mismo habría podido decir a ciencia cierta si había ido con la intención de suicidarse, aunque tenía la vaga sospecha de que de no haber sido por aquella joven, tal vez no habría resistido la tentación de ir a buscar el remedio a sus tribulaciones en el fondo del lago. Aquella idea, lejos de resultarle consoladora, pareció desagradarle en extremo, y revolviéndose furioso con la que así había impedido realizar su libérrima voluntad de "bañarse" en aquella fría agua, le dijo con malos modos:

—Haga usted el favor de dejarme en paz.

Y salió de estampía, dejando a Teresa con la amarga convicción de que

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

con su instinto humanitario acababa de hacerle un flaco servicio.

Siguió deambulando por el parque, pensando en la desgracia de aquel hombre, a quien Rosenberg llamaba despectivamente "cerdo cargado de billetes" y que por lo visto era tan desgraciado como ellos, o tal vez más, ya que arrastraba con su desgracia responsabilidades que ellos no habían conocido nunca. Se detuvo luego a contemplar los alegres patinadores de una pista helada, pensando que todos y cada uno de ellos habían tomado aquella mañana su desayuno, y dentro de una hora o dos regresarían a su casa, donde comerían con buen apetito el almuerzo que les habrían preparado las manos amorosas de sus familiares. ¡Ah! ¡Felices ellos, felices y afortunados! Les estaba contemplando con envidia una mujer joven, capaz para el trabajo, y deseosa de trabajar, buena, honesta, y que precisamente por eso, estaba a punto de morir de hambre. Teresa tenía en aquel momento el estómago vacío. Además, la escena con el banquero le había resultado penosa; no es pues de extrañar que sus pensamientos se inclinasen hacia el pesimismo, y no pudiese ocultar un oscuro sentimiento de rebeldía.

De pronto vió a Paul que corría hacia ella haciéndole señas con los brazos en alto y llamándola por su nombre.

La joven se quedó mirándole con los ojos llenos de lágrimas, furiosa consigo misma, por no poder ocultarlas. Paul llegó junto a ella, la cogió en sus brazos, y con voz insolentemente alegre, le comunicó una noticia sensacional:

—¡Teresa! Los Sweeney nos han invitado a cenar con ellos la noche de Nochebuena...

Teresa sonrió tristemente. Faltaban todavía seis días para Navidad.

—Menus mal —comentó— Pero por aquel entonces ya nos habremos muerto de hambre...

—No, Teresa, no. Conseguí trabajo quitando la nieve de la calle...

Se miraron unos instantes en silencio. Los ojos de Paul expresaban la alegría del que ha sabido abdicar valientemente de un orgullo que no podía ser para él más que un obstáculo, los de Teresa un infinito estupor, y un inmenso agradecimiento. Ahogando un sollozo inclinó su hermosa cabecita sobre el pecho del hombre y en voz muy tenue como un suspiro, murmuró...

—¡Oh, Paul, Paul... tu camisa está sin planchar!... Estoy segura de que no habías salido nunca a la calle con la camisa sin planchar...

—No, no, claro —repuso él desconcertado— Pero habíamos quedado en que eso no tenía importancia.

CAPITULO V

Con los cuatro cuartos que logró ganar Rosenberg tocando el violín en plena calle, y los que ganó Paul quitando la nieve, pudieron los tres comer sobriamente hasta las Navidades, que gracias al generoso ofrecimiento de los Sweeney amanecieron para ellos llenos de risueñas esperanzas.

La mujer de Sweeney, sólo lamentaba una cosa. No tener el dinero suficiente para favorecer a aquel trío de desventurados que habían ido a caer a su establo. Ella y su marido hacían todo lo que podían para ayudarles. Les habían prestado infinidad de objetos, les habían ayudado a completar el menaje más de una vez, pero tres bocas, famélicas por añadidura, eran mucho más de lo que ellos habrían podido soportar. Habría podido decir a Teresa que se fuera a vivir con ellos, pero aquella santa mujer era demasiado perfecta para no tener un defectillo, y este defectillo eran los celos. Su infeliz marido era incapaz de engañarla ni

con la mismísima Venus de Milo, pero aquella se creía obligada a sentirse celosa de todas las mujeres jóvenes que se paseaban por el parque. Es por eso que había aceptado sin protestar, aquel arreglo, y corría un tapido volo sobre la moralidad o inmoralidad que podía suponer la convivencia de dos hombres con una sola mujer, en aquel humilde establo. Después de todo ¿no eran jóvenes los tres? ¿No eran tres almas de Dios, incapaces de hacer daño a nadie? Milagro sería, si aquel enredo no acababa en alguna boda...

Aquella misma noche había decidido tirar la casa por la ventana, preparando una suntuosa cena, mediante la cual pudieran acallar sus huéspedes, los gritos de su estómago. No contenta con eso, les había comprado algunos regalos. Para su marido, había adquirido un precioso violín, que él recibió de sus manos con los ojos llenos de lágrimas.

Llegaron los invitados. Abrazos y

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

felicitaciones. También ellos traían sus humildes presentes, con los que querían sintetizar el agradecimiento que guardaban en el fondo de su alma hacia el honrado matrimonio. Teresa le trajo un gorrión, Paul una ratna de muérdago, y Rosenberg un pedazo de *pestraña* para el arco del violín. Los Sweeney recibieron los presentes conmovidísimos.

Sweeney quería que Rosenberg probase el violín, pero su mujer fué del parecer de dejarlo para después de cenar. Ni que decir tiene que Rosenberg se adhirió a su deseo. Antes, empero, los Sweeney les hicieron entrega de los presentes que habían comprado para ellos.

Entregó un paquetito a Teresa que se dispuso a abrirlo.

—¡No, no lo abra usted!—advirtió la señora Sweeney—. Es una prenda íntima...

El regalo de Paul consistía en un par de pañuelos. El de Rosenberg... ¡Ah! El de Rosenberg tuvo la virtud de suscitar un enojo... Era un platillo para que lo pasase en lugar del sombrero al finalizar sus conciertos callejeros...

El artista se creyó obligado a rechazarlo.

—¡Señora! Yo no soy un pordiosero.

Una estratórea carrajada de Sweeney aumentó su enojo, que se desva-

neó al punto al oír la voz de la señora de la casa, que le decía, alargándole un nuevo paquetito.

—Fué una broma, señor Rosenberg, una broma de Pascuas. Tome usted eso. Este es el verdadero regalo. Una corbata.

Y como llegara al olfato del artista el olorillo de la comida, que se estaba arabando de guisar, decidió perdonar generosamente la broma.

La cena fué tan abundante como ahorrante. Paul, que había comido más de una vez en el Ritz y en muchos otros hoteles de primer orden, no recordaba haber comido nunca con tan buen apetito, ni haber probado platos tan sabrosos. Rosenberg repitió todos los platos, y aquel fué el primer día, después de mucho tiempo, que su insaciable estómago se quedó completamente satisfecho. Teresa casi lloraba de alegría, y en cuanto a los dos generosos anfitriones, su satisfacción era tan grande, que olvidaron el número de dólares que les había costado la fiesta.

Terminado el banquete, se levantaron los comensales algo más pesados que de costumbre, y desde luego muchísimo más alegres. No era del todo ajeno a aquella situación de ánimo, el vinillo que habían trasegado.

Sweeney mostró orgullosamente el regalo de su mujer.

—¿Verdad que es un violín bonito? Reluce más que el sayo.

Las ocho lecciones recibidas le habían servido al señor Sweeney para empezar a tocar "Mazushla" con tanta desafinación como buena voluntad. Los atormentados oídos de Rosenberg no podían acostumbrarse a aquello, pero aquella noche se sentía más propicio a la benevolencia que en otras ocasiones. Permitió, pues, que el discípulo luciese sus habilidades, y cuando hubo terminado, hasta tuvo la generosidad de decirle que andando el tiempo llegaría a tocar como un maestro consumado.

La generosidad de los Sweeney no paró allí. Al día siguiente—día de Navidad—los tres huéspedes del estable estuvieron también invitados a comer y a cenar en casa de sus protectores. Y gracias a la generosidad de aquel matrimonio modelo, tres desheredados de la vida, pasaron unas Navidades felices y celebraron dichosamente el aniversario del nacimiento de Aquel que vino al mundo para redimir a la Humanidad.

* * *

Pero al día siguiente, el encanto se había desvanecido. Volvían a ser los tres desamparados sin trabajo, obligados a pisotear su orgullo para ganar unos míseros centavos. Ahora, después de haberse asomado a aquel hogar humilísimo, pero confortable, después de haber comido caliente durante un día y

medio, su miseria actual les parecía más insostenible. Teresa, sobre todo, era la que más se rebelaba ante la idea. No le había dicho nada a Paul, porque sabía que el joven sentía sus angustias como propias, pero ahora, al hallarse a solas con Rosenberg, al que sabía muy sensible, daba rienda suelta a su pena.

—No podemos seguir viviendo de esta manera. Es absurdo... e inhumano. Tú implorando la caridad pública, como si en lugar de un artista fueses un pordiosero. Paul limpiando la calle de nieve. Yo, con los brazos cruzados, viendo pasar los días y viviendo una vida anormal.

—¿Qué le vamos a hacer, Teresa? Debe ser nuestro sino. Después de todo, no creo que tengas queja de nosotros.

—De vosotros, no, Rosenberg. De la vida, de lo que sea, todo menos de vosotros.

—Mientras tengamos algo que comer, podemos darnos por satisfechos—gruñó el artista.

—Tú siempre pensando en tu estómago.

—No sólo en mi estómago, Teresa. Pienso también en mis ilusiones deshechas, pisoteadas. ¿Crees que hago con gusto mi oficio de músico ambulante? Yo tengo méritos suficientes para dar conciertos... sin pasar el sombrero.

—Tienes razón. Tocas muy bien, y yo me deleito oyéndote. Llevas la música

en el alma y por eso la haces sentir a los demás. Oyéndote tocar me has hecho experimentar sensaciones hasta hoy desconocidas. Anhelas de amar y de ser amada...

¡Oye, oye! — interrumpió Rosenberg, escamado ante el giro que iba tomando la conversación—. Si te pones romántica, no cuentes conmigo. No quisiera que te enamorases de mí...

Teresa se revolvió furiosa con el que así se atrevía a herirla en su amor propio, quebrando el encanto de aquel momento confidencial.

—¿Mencioné acaso tu nombre?

—Es que yo, ¿sabes?, no tengo tiempo para estas tonterías.

Poco podía imaginarse la buena señora de Sweeney, cuando gastó el aguilardo inieeto de su marido en obsequiar a sus familiares huéspedes, el gran diseno que se le venía encima. El Banco Sheridan había quebrado aquella misma mañana. Sin duda había querido esperar hasta el último momento a fin de que sus clientes pasaran siquiera las Navidades tranquilos. La señora Sweeney, que no estaba enterada de nada, ya que nadie se había preocupado de darle la fatal noticia, había ocupado su puesto en el ascensor. Pronto empezó a comprender que algo anormal estaba sucediendo, y la conversación de un grupo de empleados y clientes que subían en el ascensor le dió la clave del enigma.

—Perdí todo cuanto tenía—decía un pobre hombre deshaciéndose en lamentaciones.

—¡Que ahorre uno para que estos tios se lo roben todo!...—gritaba otro.

—Y pensar que Sheridan irá seguramente con su buena tajada—hizo observar un tercero.

—En mi país—arguyó uno de aspecto extranjero—no nos pueden quitar nada porque nadie tiene un céntimo. Todo el mundo es pobre. Consecuencias de la mahlita guerra.

Llegaron al último piso. La señora Sweeney, que había estado escuchando las lamentaciones sin atreverse a intervenir, decidió salir de dudas, preguntándole:

—¿Qué es lo que ocurre?

—¡Caramba, buena mujer! Sí que madruga usted. El Banco ha quebrado.

—¡María Santísima!

—Hemos perdido todos nuestros ahorros.

Un minuto después, la señora Sweeney caía llorando en brazos de su marido, que había acudido al Banco al enterarse del "crac".

—No llores, no llores, mujer. Tú no tienes la culpa—decía el buen hombre tratando inútilmente de consolar a su cara mitad.

—¡Gracias a que saqué dinero para comprarte el violín!—decía la buena mujer, llorando a lágrima viva.

El negrito empleado en el parque.

que se cuidaba de dar la comida a los leones, y a quien habían jugado una mala pasada no hacía muchos días los huéspedes del estable, acababa de llegar al Banco y preguntaba ansiosamente al portero:

—Dígame, ¿es cierto lo que acaban de decirme que el Banco ha quebrado?

—Tan cierto como que ya soy el portero...

—¡Válgame Dios! El primer Banco donde se me ocurre guardar cuartos... Las leones me truen la negra...

El banquero Sheridan estaba muy lejos de haber huido con el bolsillo lleno. Era un hombre íntegro y honrado, que desde hacía tiempo se estaba debatiendo inútilmente en la red de bancarrotas que le envolvía, y acababa de sumergirse a ella, pero con toda dignidad, después de haber perdido en la lucha toda su fortuna personal y, lo que es peor, la paz de su espíritu y el deseo de seguir viviendo. Sí, sí. Era preferible la muerte a vivir sin honra. Y el banquero Sheridan, no queriendo dispararse un tiro en su despacho para ahorcarlo el terrible espectáculo a la gentil secretaria que durante tantos años le había servido fielmente, se había dirigido resueltamente al parque, y de allí al puente y del puente ¡zas! al lago de cabeza.

Pero, por su suerte o por su desgracia, el lago estaba muy lejos de ser todo lo profundo que a primera vista

parecía. El señor Sheridan se dio cuenta, con el disgusto consiguiente, que en el fondo de aquel lago se podría abogar tal vez un niño, pero no un hombre de metro setenta de estatura, por muchos esfuerzos que hiciera.

Paul, que andaba por allí apartando la nieve, oyó de pronto unos gritos de socorro, que venían del lado del lago. Corrió hacia allí y para encontrarse con el único espectáculo ofrecido por el señor Sheridan, en medio del lago, con agua hasta las rodillas, intentando vanamente salir.

—Ayúdeme usted, por Dios. Estoy atascado en el fango y no puedo salir...

Un instante después, Paul, en sus esfuerzos para sacar al "naufrago" con ayuda de la rama de un árbol, había caído también en el fangoso lago.

No sin grandes trabajos lograron salir de allí. El estable estaba cerca y allí se encaminaron, medio muertos de frío, porque el agua estaba helada.

Cuando Teresa vió llegar a Paul con un nuevo huésped y vió que este huésped era Sheridan, pareció enojarse mucho.

—¿Con que se tiró usted a pesar de todo? Si quería suicidarse podía haber escogido otro medio más sencillo. No hay necesidad de hacer pillar una pulmonía a nadie—resangó.

Y volviéndose hacia Paul:

—¿Era preciso que te tiraras de cabeza al lago para salvar a ese señor?

—Teresa, harte cargo. No podía dejarlo allí. Estaba atascado en el fango.

—¿Qué hacen aquí como dos pasmarotes? Veagan, siéntense al lado de la estufa.

El pobre banquero titubaba de pies a cabeza. En verdad, no estaba ya en edad de hacer pinitos en el agua helada. Paul, compadecido sinceramente, se dispuso a atenderlo.

—Echase usted en la cama y lo arroparemos. Tú entretanto, calienta un poco de agua.

Pero, por lo visto, Teresa estaba aquel día de malas. Al oír las palabras de Paul se puso furiosa contra él.

—Sí. "Arrópese usted" y tú, entretanto, que te parta un rayo. ¿Por qué no te preocupas un poco más de ti mismo? Siempre trayendo gente a casa. Primero fui yo, ahora este señor, que no sé por qué ha tenido la ocurrencia de venir a suicidarse en el parque.

La actitud de la joven hizo perder los estribos a Paul, que le contestó malhumorado:

—¡Márchate! No me molestes.

Teresa interpretó sus palabras al pie de la letra. Adoptó una actitud de reina ofendida, y volviéndole la espalda, se fué a su "departamento", se puso el sombrero y le gritó furiosa:

—Está bien. Me marcha, me marcho en seguida. No volveré a molestarte. ¡Adiós!

Y salió corriendo. Paul, después de

haber instalado al banquero en el lecho napoleónico, salió en su busca. En la puerta del establo se encontró con Rosenberg, que volvía después de haber estado intentando inútilmente ablandar el corazón de los transeúntes con sus melopeas.

—¿Qué le ha pasado a Teresa? Ha pasado por mi lado corriendo, y ni siquiera me ha dicho adiós...

—No sé, no sé... Se ha enojado por una broma que le hice. ¡Nos ha dejado!

—¿Nos ha dejado? ¡Magnífico! Así no tendremos que repartir nuestra comida con ella.

Al entrar en el establo vió a Sheridan tendido en la cama y perdió el color.

—¡Paul, Paul! ¿Quién está ahí dentro?—preguntó a su compañero que se disponía a ir en busca de Teresa.

—Es el señor Sheridan, que presumo va a vivir con nosotros durante algunos días.

—¡Vaya un compañero! —reongó dando un portazo.

Una hora después regresaba Paul. Había buscado inútilmente a Teresa. Estaba tan triste y abatido, que Rosenberg, compadecido, adivinando quizás la que pasaba por el alma de su amigo, le dijo para animarle:

—No te apures. Teresa regresará. Ha querido darte un pequeño disgusto. Ya sabes que las mujeres no están con-

téntas si no pueden hacernos sufrir un poquito...

Sheridan continuaba tendido en la cama. El gabán de Rosenberg, que lo mismo servía para un fregado que para un harrido, había logrado hacerle sentir en calor, mientras sus pantalones, tendidos al lado de la estufa, se secaban lentamente.

—Es horrible, es horrible lo que me sucede. ¡Cuando pienso que a estas horas Nueva York entero estará censurándome y llamándome ladrón! Yo no tengo la culpa de lo sucedido. He hecho lo que he podido para evitarlo, pero me ha sido imposible. Soy una víctima de la fatalidad, mejor dicho, del Gobierno. El Gobierno tiene la culpa de la situación actual.

—Sí, sí, el Gobierno tiene la culpa de todo...—filosofó Rosenberg.

—Me parece que necesito dormir. Ojalá no despertase...

—Duerma usted, duerma usted. Si logra descabezar un sueñecito se olvidará de todo...

Pero el señor Sheridan había perdido de repente el deseo de dormir. Su conciencia acababa de despertarse y decirle una cosa muy grave. Que era un cobarde. Y el pobre hombre decidió de repente levantarse y entregarse inmediatamente a las autoridades. Saltó de la cama, pero al darse cuenta de que le faltaba un pequeño detalle para estar presentable, y que este pequeño de-

talle eran los pantalones, decidió volver a acostarse y arroparse bien arropado con el abrigo del violinista. Había vuelto a cambiar de parecer. Ahora volvía a sentir sueño, pero a fin de tranquilizar su conciencia, recomendó a sus generosos amigos:

—Den parte a la policía de que estoy aquí. ¡Ay, qué mal me siento!

Era el resfriado que empezaba a salirle.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Teresa. Traía una manta que tiró encima de la cama, al lado de Sheridan, al mismo tiempo que decía a Paul:

—Ahora ya puedes ponerte enfermo. Tienes una manta para abrigarte y, además, he conseguido algún dinero.

La aparición de Teresa había alegrado extraordinariamente a Paul, no así la aparición de la manta y la noticia de que poseía algún dinero. Los celos, "el monstruo de los ojos verdes", tuvieron la culpa de que, en lugar de darle la bienvenida, pusiera cara fosca y, no contento con eso, se acercase a la joven y cogiéndola violentamente por los hombros le dijera con voz de trueno:

—¿De dónde has sacado eso?

Teresa se encogió de hombros.

—¿Y a ti qué te importa? Me diste que me marchara y me marché. No me hagas deplorar el haber vuelto, someténdome a un interrogatorio ri-

dículo. Me marché con la intención de no volver por aquí, pero como me imaginé que tú y este buen señor seríais enfermos y necesitaríais medicinas, miré de procurarme algún dinero.

Casi se asustó al ver que Paul, en lugar de agradecérselo, le miraba furioso y sacudiéndole violentamente por los hombros, le decía:

—¿Dónde conseguiste este dinero?
¡Di! ¿Dónde? ¡Contéstame!

—No tienes ningún derecho a hacermé esta pregunta...

Estas palabras dichas por Teresa en un tono frío y cortante, hicieron reac-

cionar a Paul. La soltó y adoptando un aire indiferente, dijo:

—Me he vuelto loco buscándote. Descuida, que no volverá a suceder. Puedes marcharte cuando quieras...

Pero aquella vez, Teresa no se marchó. Al contrario, volvió a meterse con él, empeñándose en quitarle los zapatos. Paul se rindió a su dulce tiranía y obedeció. Un minuto después, acostado junto a Sheridan, esperaba a que éstos se secasen, preguntándose con rencor de dónde habría sacado Teresa aquella colcha que tanto abrigaba y el dinero con el cual había ido a buscar unos medicamentos.

CAPITULO VI

Allí donde comen tres pueden comer cuatro, o, mejor dicho, allí donde pasan hambre tres pueden pasar hambre cuatro. Aunque parezca mentira, Sheridan se quedó en el establo de los Sweeney, y el trío se convirtió en cuarteto. El remojón del buen hombre se

tradujo en un fuerte resfriado que le obligó a tragar todo un tubo de aspirinas y sudar como un cargador de muelle.

Si Paul no hubiese tenido la intuición de un hombre, que es como decir no tener intuición ninguna, si no hu-

hubiese estado celoso, si no hubiese estado enamorado, si no hubiese sido tan tonto de querer ocultar su sentimiento, habría adivinado en seguida, que la manta y el dinero que trajo Teresa el día del salvamento del "náufrago" habían salido de la casa de Sweeney.

En efecto, la buena mujer poseía en su corazón un tesoro de bondad que gustaba de gastar prodigamente. Y por eso, al recibir la visita de Teresa y enterarse que el banquero Sheridan estaba en el establo después de haber visto frustrado su intento de suicidio, y en trance de tener una pulmonía, olvidándose de sus ahorros perdidos, olvidando también las infamias que había oído acerca de él, pensando tan sólo en el hombre bueno y cariñoso que siempre había conocido, quiso volar en su auxilio, correr al establo, ofrecerle cuanto tenía... Fué necesario que Teresa moderase sus ímpetus, diciéndole que en el estado de desesperación que se hallaba el buen hombre, su visita, lejos de serle un consuelo, le resultaría seguramente una humillación y un tormento. Así quedó acordado entre las dos mujeres un plan estratégico, mediante el cual los Sweeney fingirían ignorar la presencia de Sheridan en el establo y los compañeros de Teresa ignorarían la procedencia de la colcha y del dinero que se apresuró a darle la buena mujer.

Fueron pasando los días. Rosenberg se había acostumbrado tanto a su por-

diaco diario, que casi sentía un placer en ello. Paul había perdido su empleo, porque la nieve se iba derritiendo y pronto florecerían los almendros, anunciando la llegada de la primavera. Sheridan estaba ya bueno, y aconsejado por sus compañeros había decidido abandonar el establo y asomarse de nuevo a su mundo, presentarse a sus acreedores, hacer frente a su situación y demostrarles que no sólo no había huido como un cobarde, sino que había perdido hasta el último céntimo de su fortuna. La despedida había sido conmovedora. El ex "cerdo cargado de dinero" se había ganado la voluntad de todos, principalmente la de Rosenberg que no podía perdonarse a sí mismo haberle juzgado tan a la ligera. Los Sweeney se habían resignado a la pérdida de sus ahorritos y vivían estrechamente, pero comiendo, y ayudando a comer a los desventurados que seguían en el establo y amenazaban eternizarse en él. El barrendero había resultado un discípulo tan aprovechado, que toraba ya "Macushla" con una rara perfección. Hasta su exigente maestro hubo de reconocerlo.

—Toca usted muy bien, señor Sweeney. He de confesarle, en honor a la verdad, que nunca creí pudiera llegar a esto. Ha sido para mí una grata sorpresa. Tiene usted un gran sentido musical, que de haberse desarrollado antes, le habría convertido en un músico

estimable. Le doy mi más cordial enhorabuena.

Fueron pasando los días. La naturaleza renació de nuevo, después del letargo del invierno. Había hecho florecer los almendros y empezaba a mostrar su enorme poder renovador.

Mirando a través de la ventana del establo, sorprendió a Paul y Teresa aquel espléndido día de Pascua Florida. La belleza externa del paisaje formaba vivo contraste con la tristeza que se reflejaba en el rostro de Paul, un poco demacrado por la larga y fatigosa jornada de aquel duro invierno que tan cruel había sido con ellos.

—Ya está aquí la primavera, pero no tenemos ninguna esperanza—dijo tristemente, volviéndose hacia su compañera.

—Tienes razón, Paul, pero no hemos de descorazonarnos tan pronto. Apenas apuntan las primeras hojas de los árboles. Tal vez el mes de mayo, el mes de las flores, nos traiga algo...

Se interrumpieron al ver a su compañero que llegaba a todo correr con el violín bajo el brazo. Había ido a dar su concierto callejero y regresaba más pronto que de ordinario.

Entró como una tromba en el establo y echándose en brazos de Paul, gritó más que dijo:

—¡He conseguido trabajo, Paul, he conseguido trabajo!

—¡Rosenberg! ¡Qué felicidad! Déja-

me ser el primero en felicitarte. Pero dime, ¿cómo ha sido eso?

—¿Os acordáis de aquel viejo a quien presté en una ocasión mi abrigo de pieles para que pudiera encontrar trabajo? Pues bien. El lo encontró aquel mismo día; trabajo humilde, indigno de su arte, porque toca maravillosamente la flauta. Pero ahora, con motivo de unos conciertos extraordinarios de la orquesta de la Radio, tuvo la suerte de ser contratado y se acordó de mí. La plaza de segundo violín había quedado vacante, porque el músico que la ocupaba se había marchado a tocar a una orquesta de jazz. El buen hombre se acordó de mí... y aquí me tenéis. Esta mañana ha venido a buscarme a mi esquina y me ha llevado a que me probasen. Han quedado contentos de mí... y eso es todo. ¡Tengo trabajo, Paul, tengo trabajo! ¿Os imagináis lo que esto representa para mí?

¿Cómo no iba a imaginárselo Paul, si habría dado la mitad de su vida para hallarse en su lugar? ¡Encontrar trabajo, un trabajo estable, bien remunerado, no un trabajo humillante, indigno de sus capacidades, como el que se había visto obligado a desempeñar últimamente, salir de una vez de aquel atolladero, abandonar aquel establo!... ¿Y qué más? Si, si, algo que le resultaba mucho más difícil de renunciar, algo que era tan caro para él, tan caro

como imposible. Llevarse de allí a aquella mujercita dulce, suave, resignada, tan exquisitamente femenina, que había encontrado en el parque una noche de lluvia y con la cual venía haciendo vida común desde hacía cerca de cuatro meses sin que ni una sola vez ¡ni una sola vez! hubiese pasado por su cerebro un mal pensamiento...

Ahora se daba cuenta de que amaba a Teresa con toda su alma. Esta era la verdad, una verdad a la que había cerrado los ojos obstinadamente, para no ver el camino que separaba el deseo a la realización del mismo, y también porque comprendía que si se la confesaba, aunque fuera sólo a sí mismo, no podría vivir ni un momento más.

Sabía que su amor era compartida, sabía que le bastaría un solo gesto, una sola palabra, para que Teresa se arrojase en sus brazos. Era por eso que sus labios permanecían sellados, cerrándose sobre su secreto, y así permanecerían hasta llegar al término de aquella situación difícil.

—Os advierto que vengo a despedirme—continuó diciendo Rosenberg, lleno de alegría—. Esta misma noche partimos para Chicago, en tournée de conciertos, y debo abandonaros. No temáis idea de lo que siento dejaros, y hasta, si mucho me apuráis, de dejar este estable. No en balde hemos pasado juntos cuatro meses compartiendo alegrías y

tristezas. Me acordaré siempre, siempre, de esta aventura nuestra.

Hubo una corta pausa. Los tres se miraron emocionados. Tenía razón Rosenberg. Aquellos cuatro meses vividos entre las cuatro paredes de un humilde estable no podían olvidarse fácilmente. Habían sido cuatro meses de prueba, durante los cuales, tres seres que el azar había reunido, habían practicado hasta un límite inconcebible, la admirable doctrina de la solidaridad humana. Cuatro meses que les habían unido para toda la vida con un lazo indisoluble. ¡Nunca, nunca, podrían olvidarlo!

—¿Venía a la estación?—preguntó al fin Rosenberg, decidiéndose a terminar aquel silencio, que amenazaba degenerar en lágrimas—. Vosotros me despediréis de los Sweeney porque yo no tengo tiempo.

—No, Rosenberg, es mejor que nos despedamos aquí. Las despedidas en la estación son siempre tristes—arguyó Teresa haciendo un sobrehumano esfuerzo para no echarse a llorar.

—Entonces, Teresa, Paul...—balbuceó Rosenberg con la voz estrangulada por la emoción sincera—. Adiós. Os mandaré dinero en cuanto cobre.

—¡Adiós, Rosenberg, no te olvides de escribirnos! Nosotros también lo haremos. Puedes mandar tu primera carta al señor Sweeney, y él se cuidará de entregárnosla. Adiós, buen amigo.

Se abrazaron. Rosenberg besó las pá-

lidas mejillas de Teresa, húmedas de lágrimas. El simpático oscurrablas se despedía de una compañera de miseria con el corazón desgarrado. Tendió la mano a Paul que la estrechó con efusión cordial, y sintiendo que las lágrimas estaban subiendo a sus ojos con una rapidez desconcertante y que si permanecía allí un minuto más sería incapaz de contener su avalancha, salió corriendo, no tardándose en perder entre las frondosidades del parque.

Teresa y Paul le vieron desaparecer en silencio. Luego él, volviéndose hacia la muchacha, dijo tristemente:

—Se acabó el estable...

—¿Qué dices?— inquirió ella como si no hubiera comprendido.

—Debes comprenderlo, Teresa. No podemos vivir aquí ahora los dos solos. Cuando estaba Rosenberg era completamente distinto.

—Sí, claro, tienes razón—repuso ella con un hilo de voz—. ¿Adónde irás?

—No sé. Me parece que iré a probar suerte a otro sitio. Nueva York me ha vuelto obstinadamente la espalda. Me iré andando hacia el Sur, como un vagabundo. A todo, hasta a lo peor, se acostumbra uno. Hay que hacerse una filosofía si queremos seguir viviendo...

—Y ya, ¿qué haré yo? ¿Qué será de mí?

—No puedo llevarte conmigo, Teresa. No puedo pedirte que sigas compartiendo mis miserias. Tal vez ahora, con

la llegada de la primavera, cocuientos trabajo. Nueva York va reluciendo poco a poco. Ya vuelven a abrirse los teatros que tuvieron que cerrar. Empieza la temporada brillante de Broadway. ¡Quién sabe! Mientras tanto, podrás quedarte con los Sweeney. Como recuerdo mío, te dejaré mi cama napoleónica. Tal vez te dé más suerte que la que me ha dado a mí.

—Está bien, Paul. Puesto que tú lo dices, debe ser cierto que tenemos que separarnos. Pero antes de hacerlo quiero decirte una cosa. La colcha y el dinero que traje el día en que quise suicidarme Sheridan y cuya procedencia parecía inquietarte tanto, me los dio la señora Sweeney, a quien recurrí en demanda de ayuda...

—¿Por qué no me lo dijiste?—refunfuñó Paul, dispuesto a cofadarse.

—Porque tú no volviste a preguntármelo, y yo también tengo mi orgullo. No quería...

Se detuvo para contemplar a un caballero elegantemente vestido que avanzaba por la avenida del parque, en dirección al estable, saludándolos con la mano.

—¡Mira Paul, el señor Sheridan!...

En efecto, era Sheridan. Pero el Sheridan de los buenos tiempos, no el hombre desesperado de la vida que intentó suicidarse en el estanque del parque. Los dos jóvenes corrieron a su encuentro, cogiéndole cada uno por un brazo.

—Mis queridos amigos, acabo de encontrar a Rosenberg, que me ha dado la gran noticia... Yo les traigo también otra noticia no menos optimista. Terminaron mis dolores de cabeza. El gobierno, reconociendo mi probidad, me ha hecho un préstamo para ayudarme a salvar el Banco. Me he reintegrado al trabajo y he vuelto a adquirir la estimación de mis buenos clientes. Esta misma mañana he logrado un puesto para la señora Sweeney, cien veces mejor que el que tenía, y todo irá mejor que antes.

—Señor Sheridan, es para nosotros un placer...

—Calle usted. Déjeme terminar. He venido a decirles que se lo debo todo a ustedes... y que no soy un hombre desagradecido. En este establo hallé refugio, y entre ustedes encontré el secreto de la bondad humana. Me han enseñado ustedes algo que no había aprendido hasta ahora. Usted, Paul, usted Teresa, y ese buen muchacho que acaba de marcharse son cien veces más mejores y más humanos que todos los banqueros de Wall Street. Usted me salvó la vida...

—¡Hombre, tanto como la vida!—arguyó Paul, sonriendo.

—Sí, sí, la vida, porque me hicieron sentir de nuevo el deseo de vivir y lograron apartar de mi mente la imagen del suicidio. Convirtieron ustedes el drama del suicida frustrado en un agra-

dable sainete. Usted haciéndome tomar tantas aspirinas como encontró a mano, y cuidándose como un niño enfermo. Usted, sacándose del lago, y Rosenberg alegrando mis horas de melancolía con su música. Soy un hombre solo, no tengo familia, entre las cuatro paredes de un establo he aprendido a reconocer que había llegado a convertirme en un solterón egoísta y estúpido. Pero ahora todo va a cambiar...

Con aquellas palabras, que eran toda una halagadora promesa, dió por terminada su acción de gracias. Entró en el establo, y señalando el magnífico lecho, que durante algunos días había compartido con dos hombres más, mientras el delicado cuerpo de Teresa pasaba a ocupar el jergón de paja, dijo:

—Pero primero quiero comprar esa cama...

—¡Oh, señor Sheridan! ¡Lo siento en el alma, pero eso no puede ser!

—¿Y por qué no puede ser? ¿Pienasa poner usted un precio demasiado alto?

—No es eso, señor Sheridan. Es que acabo de regalársela a Teresa.

—¿Y eso que importa? Yo se la compro a usted y luego yo se la regalo a ella. Vámonos a poner un precio. ¿Le parece bien... cinco mil dólares?

Paul comprendió la intención oculta de aquel ofrecimiento. La delicada manera con que Sheridan quería pagar lo

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

que habían hecho por él, y bajó la cabeza no humillado, sino agradecido.

—Señor Sheridan — balbuceó con acento emocionado,

—Nada, nada. Yo le compro a usted la cama y luego se la regalamos a Teresa si es que ella la quiere. Aunque, a decir verdad, me parece un mueble demasiado vetusto para una tan linda muchacha. Ya veremos de regalarle algo más moderno en substitución de ella. Bueno. Ahora me marcho. Voy a la iglesia de Santa Agata. Soy un católico practicante y todavía no he tenido tiempo de ponerme bien con Dios, después de mi arrechucho que terminó en esta cama con un resfriado. Más tarde les mandaré mi auto que les llevará a mi casa. Quiera que almorcemos juntos y hablemos de... bueno, ya lo sabrán ustedes. Ahora no quiero decir ni una palabra más.

—Señor Sheridan, es usted un hombre muy bueno.

—No, no, amigos míos. Soy un hombre agradecido solamente. Y tengan ustedes entendido, que nada de lo que pueda hacer en adelante por ustedes, si, como espero, las cosas vuelven a encarrilarse, logrará, no sólo aminorar la intensidad de mi agradecimiento, sino hacerme pensar que he pagado la más ligera parte de la deuda de gratitud que he contraído con ustedes...

—Señor Sheridan, no hablemos de eso, por Dios...

—Nada, nada. Un hombre agradecido. Eso es todo. Un hombre agradecido...

Y repitiendo la frase, como si quisiera convencerles de la sinceridad de sus palabras, el señor Sheridan desapareció de su presencia, despidiéndose hasta la hora de almorzar.

Teresa y Paul quedaron solos, solos bajo el cielo espléndido de aquel día de primavera, solos con su alegría inmensa, con su corazón henchido de esperanzas. El señor Sheridan acababa de hacer para ellos el oficio de Mago, trayéndoles la llave mágica que debía abrirles la puerta de la felicidad. Era aquello tan grande, que casi no se atrevían a creerlo. Era el retorno a la vida después de haber permanecido en el abismo de la desesperación y la miseria. Con sus palabras mágicas, el noble banquero acababa de apartar de su lado el fantasma del hambre, la incógnita dolorosa de un porvenir, la desconsoladora realidad de una despedida penosa.

—Me alegro mucho por ti, alma mía — dijo Paul, acercándose a Teresa y abrazándola apasionadamente.

Paul miró a Teresa y Teresa miró a Paul y antes de que hubiesen dejado de mirarse ya estaban el uno en brazos del otro, enajenados de sí.

—Me alegro mucho por ti, alma mía. Ya has sufrido bastante — murmuró él, estrechándola contra su pecho.

—¿He oído bien, Paul? ¿Me has llamado *alma mía*?

—¿Te asombra? Si supieras las veces que te he llamado mentalmente todas esas cosas absurdas que los hombres no nos atrevemos a decir en voz alta...

Volvieron a abrazarse.

—¡Alma mía!—repitió él—. No creo necesario decirte que te amo, pero sí hacerte ver que no tengo nada que ofrecerte. Y aunque las palabras de Sheridan me hacen concebir grandes esperanzas...

—¡Tonto!—interrumpió ella, besán-

dole—. ¿Cuándo nos vamos hacia el Sur?

Ahora fué él quien la besó en los labios, después de haberle dado una respuesta de palabra.

—¡Vaya! Puesto que te empeñas en acompañarme, nos iremos a pasar allí nuestra luna de miel. ¿Qué te parece? Hasta que llegue este día le pediremos a Sheridan que te deje dormir en la cama napoleónica. Ahora empiezo a creer que me ha dado suerte...

Había llegado la primavera, trayendo para ellos un regalo de un valor inestimable: LA FELICIDAD.

FIN

Próximo número:

LA FINÍSIMA PRODUCCION

Entre esposa y secretaria

por Clark Gable, Jean Harlow, Myrna Loy, etc.

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- La viuda negra.
El arpa de Sord.
Miguel Arce, o el
Coron del Zor.
La princesa con una
sombra.
El coche amarillo II.
Una familia.
Mara Nocturn.
Manda, el hombre con
vendido.
Cobra.
El de de Montecarlo.
Vida bohemia.
Zack.
Adiós, inventad!
El juicio errante.
La mujer desueta.
La tía Ramona.
Cesario.
Hotel Imperial.
Don Juan, el burlador de
Sevilla.
Noche tropical.
El esclavo ciego.
Don Geste.
Los verdaderos del fuego.
La mariposa de oro.
Des-Har.
El romance y la guerra.
La castellana del Albano.
La tierra de todos.
Tibull.
El rey de reyes.
Fanny y Arce.
La ciudad castigada.
Águilas blancas.
El sargento Malacoro.
El capitán Sorrell.
El jardín del Edén.
La princesa mártir.
Ramona.
Dos amantes.
El profesor estudiante.
Ana Karamazov.
El destino de la carne.
La mujer diosa.
Alas.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El áncora de la calle.
La última cita.
El asesino.
Amores.
La ballarina de la Opera.
Moulin Rouge.
Buen Alí.
Los cuatro dioses.
Una guerra, viel.
Yolke, Yolke.
La sinfonia nupcial.
Un cierto muchacho.
Nostalgia.
La ruta de Kingapore.
La cruz.
Mister Wu.
Ginger.
El desertor.
La melodía del amor.
Las tres pasiones.
Crónica de Holanda.
Viva Madrid, que se me
muera!
Sombras blancas.
La concha anabola.
Los conchas.
Isares.
El ocaso de Montecarlo.
La mujer de oro.
Vivamos modernas.
El bagam de Tahití.
Estrellas dichosas.
La senda del 94.
Esto es el cielo.
Quintimov.
Evangelio.
Quiridos salvajes.
El caballero.
El misterio del diablo.
El pan nuestro de cada
día.
Vicio nobleza.
Poesías.
Tentación.
La perdición.
El beso.
Ella le va a la guerra.
Los hijos de cadía.
El pescador de perlas.
Santa Isabel de Corua.
Los dos buñuelos.
La canción de la estopa.
El arca de un beso.
La raposita del recuerdo.
De la guerra.
Del mismo barrio.
Estrelladas.
Centro de estancia.
Quinta.
Monsieur Saint-Germain.
Sofistas de gloria.
Marta.
Molle (la gran dama).
El valiente.
De la guerra... marchal.
Prim.
El presbitero.
El gran charon.
Femenidad.
El día del mar.
Anna Christie.
Nervios de mis amores.
Sociedades nuevas.
La lococregia.
El malin.
El bave real.
Bajo el techo de París.
Wol-chama.
Montecarlo.
Camión del infierno.
Mie serai.
Alteval.
La mujer que amamos.
Al campamento de 3-4.
La princesa enamorada.
Quántico de amor.
El gran destile (edición
popular).
Du Barry, mujer de pa-
lacio.
Agente del infierno.
Corpo y alma.
El impudor.
Famosa a mujeres.
Zulevras de la moda.
Fritz Caff.
Hay que casar al príncipe.
Inspiration.
El proceso de Mary Du-
gan.
Marruecos.
En cada puerta un amor.
Coroques a la mujer?
El millón.
La mujer X.
Ocaso alegre.
Mal de fusco.
La llama sagrada.
La ley del barón.
La fruta amarga.
Vidas trágicas.
La casa del mar.
Tabú.
El pasado amara.
Papá piñones largos.
Tristes Horn.
Un yanki en la corte
del rey Arturo.
El colón penal.
La hora verdad.
Maternidad, o el derecho
a la vida (fuera de se-
rie).
Carbon (La tragedia de
la mine).
Estadística.
Las peregrinaciones de Salpé-
re.
Qué vicinita!
El tumbado de la vida.
Nights de Viena.
Mamá.
Gran traca.
Cheri-Bibi.
Náves otra vez.
Camareros de lujo.
Los hijos de la casa.
La divorciada.
Madame Butin.
¿Cuándo le suicidas?
Martirio.
El carnal amañado.
Honrado a su madre.
Su última noche.
Las alegres comedia de
Viena.
Viva la libertad!
Salvada.
El lenguaje del amor.
Deliciosa.
Cielo robado.
Amargo milán.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que asesinó.
¿Mamá?
La calle.
El pedregal.
Milicia de paz.
Amores de medianoche.
La hermana Ben Salpicio.
La dama misteriosa.
Los clavos de la Vi-
gen.
Paraja de bestia.
Al Capone (Pánico en
Chicago).
Mi último amor.
Muchachos de uniforme.
Marido y mujer.
Mata-Hari.
Conspicua (fuera de se-
rie).
Carreteras.
Grase nos ves un vale.
Hombres en mi vida.
Nehia.
Rebeca.
Indestable.
Tardón de los monjes.
El terror del lampo.
La vuelta al mundo por
viento sur.
Chico bien.
Bocón casados.
Chimo (El campesino).
La zarpa del tigre.
Los amores de José Ma-
ría (fuera de serie).
El caballero de la noche.
Gracia Lupin.
La dama del 12.
Amor en veas.
El pecado de Madeiro.
Clandest.
La casa de los muertos.
Fianzas del cielo.
El socrate Drayus.
La vida de un gran artista.
El último varón sobre la
sierra.
Pantomima.
Violentas imperiales.
Tercera.
La predica de las seña-
las.
Gran Hotel (fu-
era de serie).
Soñ un fugitivo.
Hollywood al desnudo.
Pauze roja.
El doctor X.
Amor.
Primavera en otoño.
El hijo del destino.
Ella y pluma.
El comienzo de la guerra.
El azul del cielo.
El monstruo de la ciudad.
El hombre que se rala
del amor.
Susan Lennox.
Mecado de mujeres.
Mance culpables.
La princesa se divierte.
La mujer sovieta.
El rey de los utineros.
El sargento X.
Los seis misteriosos.
Esta edad moderna.
La novia de Berceña.
Hijos al pasar.
El maror amor.
El espíritu fantasma.
Al despertar.
El robo de la Muña Li-
za (La Gloriosa).
La edad de amor.
Salvada.
Divorcio por amor.
Coramien sin rumbo.
Coramien valientes.
Luzes-Fogones-Demora
(fuera de serie).
Los tres monjes.
(Los Horrores de la
stra).
Milly (Segunda parte de
Los tres mosqueteros).
Escalvina.
La alfe 40.
Los dos humillados.
Cabalito.
Secretos.
La feria de la vida.
Una morena y una rubia.
Como tú me desas.
El relicario.
El amor y la muerte.
Una vida romántica.
Respuesta y la Zarina.
Susana pica en verano.
Los años en San King.
Huerfano en Budapest.
Miliado?
Vivamos hoy.

¿Dón.	rama.	La legión blanca.	La verbera de la palanca.
Los crismenes del muson.	Sol en la sierva.	Cruz Diablo.	La hija de Juan Amos.
El secreto del mar.	Máscara de bastidor.	Lo que los dioses destruy-	La reina del huracán.
Mis labios engañan.	La portera de la fábrica.	yen.	El secreto de Ana María.
No heise la puerta abierta.	Quasiduros del amor.	¿Quién mató a Bea?	La plomplum inebriante.
Don oculto.	Famos.	Finale en palacio.	El heron pánico n.º 1
La melindia ambigua.	Siempre en mi corazón.	Don y mata.	Amo Navarrete
El primer derecho de su	Tirado o su correspondencia.	El fantasma del convento.	El 112
filio.	El gato y el viento.	El amor que necesitan las	David Copperfield
Cañón de Orfento.	Por Anglaterra.	mujeres.	La dama de la silla
La amargura del pecado.	Julia.	Aquel del arroyo.	El hijo de los hombres
Van.	Lasur.	Capturados.	Rosa de Francia
La vida salvada de Suri.	El primer amor.	Don Hui.	Don chita angelical
que Villi.	Bakino.	Don amantes	Los cuervos
Fra Diavolo.	De capción de convento.	Lechosidrosid	Tango-Bai
El pedregal ideal.	El altar de la muerte.	La Marmora.	Amor en asenlobije
El yodo arcaico.	La virgen de la rosa.	Los de 14 años.	Ahora y siempre
El hijo de la parmacela.	La delecta.	Por mi amor.	Mañana, la mañana
Levy Lysena.	Madame Du Barry.	Los clavos de la Virgen.	Clavos
Beata Chien.	Reveló una noche.	Clavos temidos.	Nuestro amor de Tardes
En 12 y alia.	Comeros en blanco.	El explorador de mujeres.	Tres tentaciones boudoir
Un leñero en la alcora.	Pueros lemanes.	Reveladora.	Pelotas de mis amores.
El amor de las cantinas.	Vera la vida!	Imperio Argentina.	El sueño una de noche de
La dama ciega.	El origen del amor al as-	El pan nuestro de cada	verano.
Un hombre de amasado.	me blanco.	da.	No más mujeres
María de Ronda.	Laolina.	Toda oración.	Don lucidos sin mala
El rey de los ladrones.	Laeta chapa.	Beccaras infranqueables.	Curul de la Cruz
La Cruz y la Espada.	Sola con su amor.	La bien pagada.	Sangre de cirio
El canto del ruidador.	El mundo cambia.	El último contrabandista.	Tierras modernas
la muerda.	Cascido de cura.	El mito de las montañas.	Munt
Aquí a las armas.	Por en la tierra.	Por amor ojos negros.	Princesa por un mes
La cruz azul.	La dama del boulevard.	Don Quixote el amargo.	Rebeldes
La reina de Rusia.	La hermana San Sulpicio.	El coronado del rey.	Una mujer de su casa
Compromiso al amor.	El siglo de la muerte.	El hijo de la muerte.	El cura de siles
Beata.	La automa.	Edelí Homic.	Yo vivo mi vida
Ballara a la venta.	Las tentaciones del amor.	La sustracción.	Séñor Temple
Alalé.	Wander Bar.	Amarga a su mujer.	Moresa Clara
La hermana blanca.	La dama de las campanas.	El nacimiento de Lázaro	¿Quién me quiere a mí?
La Reina Cristina de Sue-	La doncella de pueria.	ta.	La marca del escupido
cia.	Aravana.	El conde de Montecristo.	Gritos sin muerte
Por un solo desle.	Hombres del mañana.	Julieta compra un hijo.	La solista de Tréves
Se ha pasado un verano.	Adi ama la mujer.	La novela.	Había una vez dos heras
El error de los señores.	La humventura.	Carlos Gardel.	La está ineluctable
La ciudad de cartón.	Nada más que dos mujeres.	Noblesse harra.	Gracia y elegancia
Conduras de Inferno.	Dame por un día.	El velo pintado.	Velada de ópera
Doña Brancolavita.	La espi a mí.	Nuestro hijo.	Deshaquí Montecristo
El café de la muerte.	Señora casada veintita	Amor de madre.	No me ataca
El agua en el suelo.	marito.	Vieques de nuevo.	Pierde de sede
Fedora.	¡Viva Villal!	Cuando el diablo asume	Objetos raros
El boxeador y la dama.	Quiso un militeo.	Meñe Alegria.	Monte, cuando fugen y mueren
Lecleros de la tierra.	Voluntad del corazón.	Amara la coctela.	¡Fuera de serie!
¿Mujeres y ¿Don Juan?	El sueño de mamá.	Grandes ilusiones.	La mujer K
Alma de bellatón.	Madame de Dorot.	Es mi hombre.	La mujer de todos
Vé de síde espi.	Las Virgenes de Winnipeg.	Angélica o el amor de	El amor blanco
No seas oculto.	Breel.	Arquidist.	Carlos Gardel
Desde de candidato.	Las mil y dos noches.	Patafina.	¡Fuera de serie!
Aven sin rumbo.	Al Huel la primavera.	La hija del penal.	La mujer K
Monne et al.	Madrid se divierte.	La ladrona.	El amor blanco
Quinta en la vida.	Toda una mujer.	La pequeña curandera	Carlos Gardel
Una noche en El Café.	Yo canto para ti.	El coque.	¡Fuera de serie!
Rosa de medianoche.	Cinco cartuchos.	No me olvidas.	La mujer de serie
El rey de la plaza.	Al campo del amor.	Eyes de sol.	La mujer de serie
Alba el cielo.	Revela de oro.	El castaño de Nápoles.	El bailarín y el trabajador
Las obsesiones del noche.	La generalita.	La nave de Babil.	
	Por mal camino.		

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

Gran éxito de los

Cuadernitos Shirley Temple

(Publicación del Club Shirley Temple)

Precio: 30 cts.

Números publicados: 1, 2 y 3

En preparación:

Cuadernito Shirley Temple n.º 4

con el argumento, narrado para niños, de la película **NUESTRA HIJITA**, un precioso cuento ilustrado, **Correspondencia Shirley Temple** con interesantes respuestas de Shirley, Noticias, etc.

No dejéis de adquirir la nueva colección de 6 postales
Shirley Temple (Serie Azul)

Precio: 30 cts. colección

Muy en breve aparecerá la magnífica serie de postales

Shirley Temple y sus muñecas españolas

6 postales en que aparece con muñecas de distintas
regiones españolas

Precio: 40 cts. colección

EDICIONES BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA

AVISO A LOS MAYORES EN INTERES DE LOS PEQUEÑOS

CLUB SHIRLEY TEMPLE

Se ha puesto a la venta la Insignia del Club, de metal, a cuatro colores, al precio de 1 peseta. Junto con la Insignia se entrega el Cornet de socio del Club y una fotografía gran tamaño de Shirley Temple, a colores, firmada de su puño y letra.

Fide esas tres cosas a tu vendedor habitual o a

CLUB SHIRLEY TEMPLE

Paseo de la Paz, 10 bis

Barcelona

enviando, en este último caso, Una peseta por giro postal y el vale núm. 1, claramente llenado, bajo sobre, sin cerrar, escribiendo encima la palabra *Impresos* y franqueándolo con un sello de 2 céntimos.

El cornet, adquirido a vuestro librero, lo llenaréis vosotros mismas, y para saber qué número os corresponde en la lista de socios, no tenéis más que enviarnos el vale núm. 3, poniéndolo bajo sobre, sin cerrar, y en el que haréis constar la palabra *Impresos*, franqueándolo con un sello de 2 céntimos, y en las sucesivas Cuadernitas *Shirley Temple* os contestaremos en la Sección correspondiente a tal extremo, y así cada uno de vosotros sabrá qué número tiene en la larguísima lista de amiguitos de *Shirley Temple*.

HOMENAJE A SHIRLEY TEMPLE

Este homenaje que ha ideado esta Editorial, consiste en enviar a *Shirley Temple* un artístico álbum con la mayor cantidad de firmas de sus admiradores de España.

Si queréis que —esto sin costaros ni un céntimo— vuestro nombre figure en el álbum que mandaremos a *Shirley Temple* y cuya fotografía os daremos a conocer oportunamente, publicándolo en uno de las Cuadernitas *Shirley Temple*, llenad el vale núm. 2 con vuestro nombre y demás datos, y mandadnos dicha vale bajo sobre, sin cerrar, y en el que pondréis la mención *Impresos*, franqueándolo con un sello de 2 céntimos.

CLUB SHIRLEY TEMPLE

Remito por giro postal UNA PESETA para que me sean enviados seguidamente la Insignia del Club, el Carnet con el número de socio que me corresponde y la Fotografía de SHIRLEY TEMPLE con su autógrafo.

Nombre
Calle
Población
Provincia

VALE N.º 1

HOMENAJE A SHIRLEY TEMPLE

consistente en el envío a SHIRLEY TEMPLE de un artístico álbum con firmas de sus admiradores

(Firmad en la primera casilla)

Nombre
Calle
Población
Provincia

VALE N.º 2

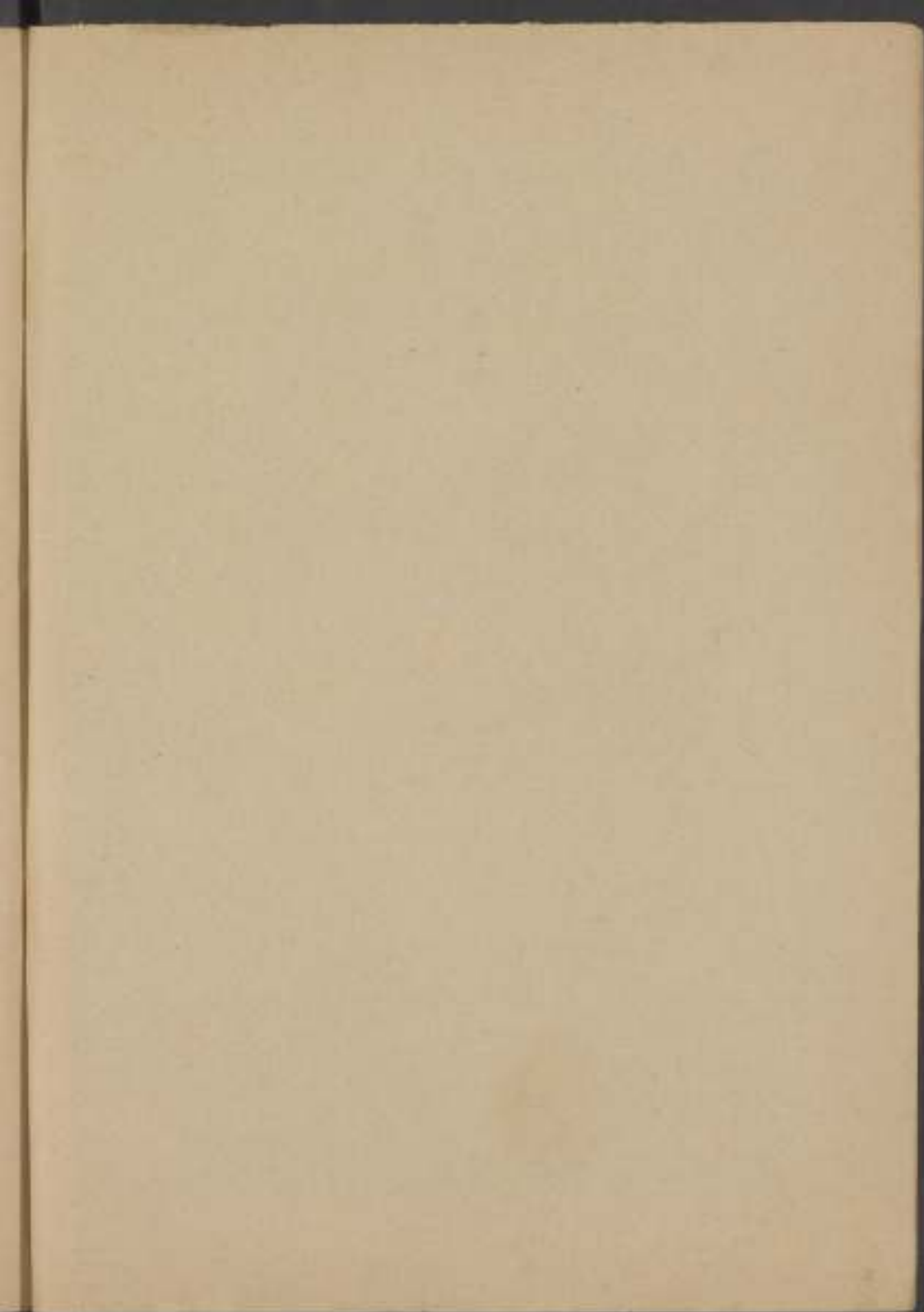
CLUB SHIRLEY TEMPLE

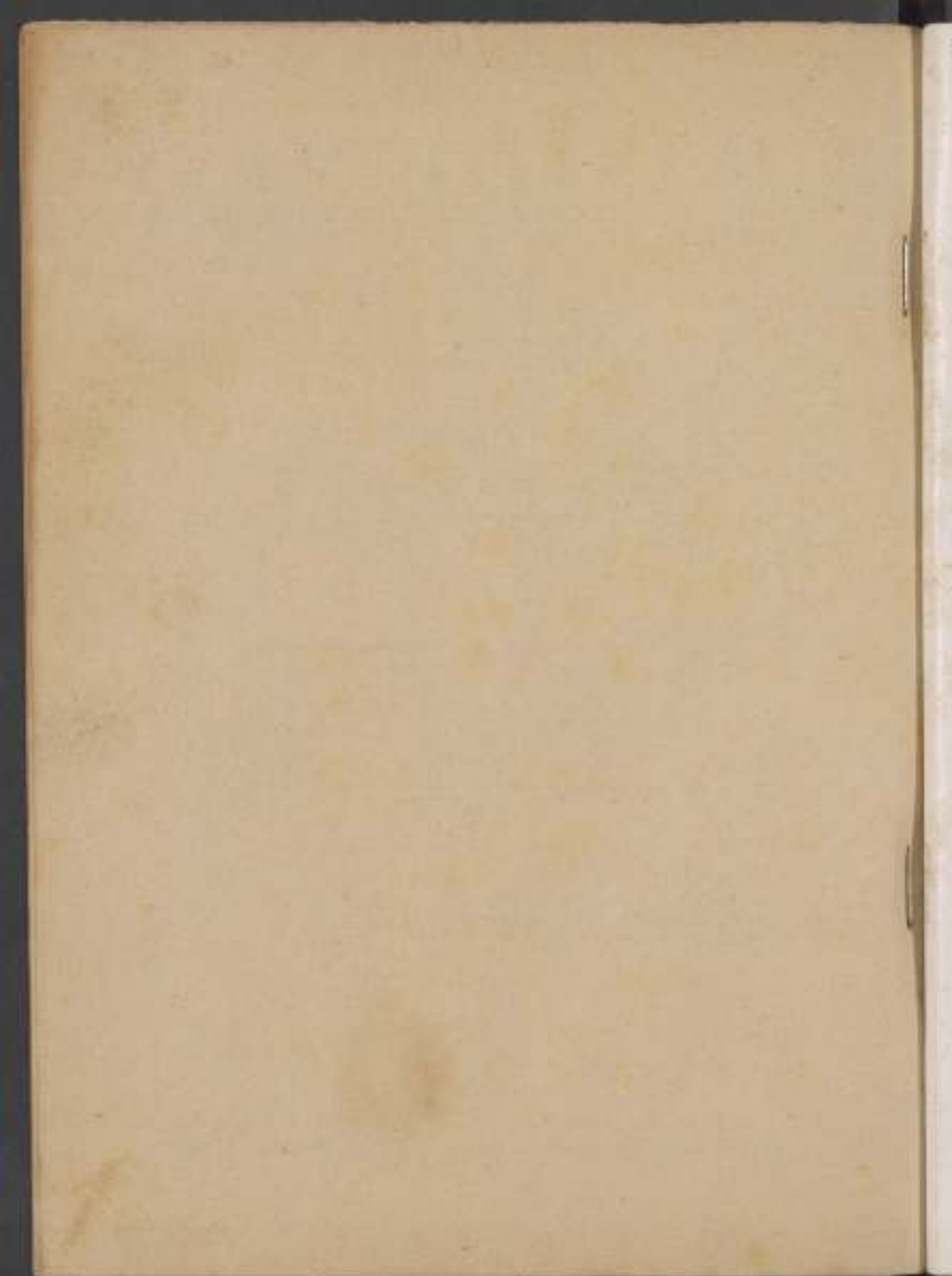
Soy socio del Club de LA AMIGUITA PUBLICA N.º 1 y deseo saber qué número me corresponde en la Lista de socios, rogándoles me contesten en el próximo Cuadernillo SHIRLEY TEMPLE.

Nombre
Calle
Población
Provincia

VALE N.º 3

¡Presentaos a adquirir la Insignia, la Fotografía dedicada por Shirley Temple y el Carnet, antes de que se agoten y tengáis que esperar los nuevos tirajes!





El. Saint Blaw

3111

81652

SHIRLEY TEMPLE en sus aspectos más atractivos de su vida de artista.



Colección de postales
de SHIRLEY TEMPLE
(Serie corriente) 30 cts.

Gracia
Simpatía
Gentileza
Picardía
Ternura



El mejor re-
cuerdo de
esta diminuta
«gran»
estrella lo
tendréis co-
leccionando
las publica-
ciones que
os ofrecen
**EDICIONES
BISTAGNE**



Colección de postales
de SHIRLEY TEMPLE
(Serie Rosa) 30 cts.



Insignia del
Club SHIRLEY TEMPLE
(Tiene 4 colores)